

Viajes de Esperanza

Historias de refugiados camino de Europa
Jesuit Refugee Service Europe 2016



Viajes de Esperanza

Historias de refugiados camino de Europa
Jesuit Refugee Service Europe 2016



introducción

Desde abril de 2015, se incrementó la cifra de refugiados y migrantes forzosos que hacían el peligroso viaje a Europa por mar. La mayoría desembarcó en Grecia. Eran personas en movimiento, que trataban de cruzar lo más rápido posible los países balcánicos, la mayoría con Alemania o Suecia como meta. El personal del Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) en Europa, junto con voluntarios y otras ONG, ayudó a los refugiados a lo largo de su recorrido, aprovechando las pocas horas de descanso en una frontera, un refugio, o un campamento de tránsito. Las agencias donantes brindaron una valiosa ayuda para apoyar los servicios ofrecidos.

Ahora, en el JRS, queremos acompañar a los refugiados, compartir tiempo con ellos, y, en concreto, escuchar su voz, su dolor y su esperanza. Y permitir que sus palabras se escuchen a nuestro alrededor. Este es el proyecto que pedimos a Danielle Vella, del JRS Internacional, que llevara a cabo a finales de enero, febrero y marzo de 2016.

Danielle viajó a Grecia, la Antigua República Yugoslava de Macedonia, Serbia, Croacia, Italia, Austria y Alemania, para encontrarse con los refugiados en ruta y recoger sus testimonios. Dos de los viajes los hizo junto a Darrin Zammit Lupi, un fotógrafo maltés, y los otros con Oscar Spooner del JRS Europa.

Mientras Danielle estuvo de viaje, fuimos publicando sus artículos semanalmente en nuestra web. En esta publicación, les presentamos los ocho artículos que envió, ilustrados con las fotografías tomadas la mayoría de ellas en estos viajes.

Estimado lector, por favor, escuche las voces de los refugiados, así los comprenderá mejor, con su mente y su corazón, la fuerte esperanza de las personas que se han lanzado a lo desconocido para buscar la paz, la libertad y salvar la vida.

Jean-Marie Carrière SJ
Director regional del JRS Europa

“ Que los padres
están haciendo
esto por sus
hijos nadie
lo duda; sus
sacrificios y
sueños son por
ellos. ”

”



© Moviéndose por el campamento de tránsito de Slavonski Brod, en Croacia.





📍 A salvo en la isla griega de Lesbos tras llegar desde Turquía en una barca. ➔

📍 Esperando y preocupado en el centro “integral” de Adasevci, en Serbia. ➔



“ Oyes lo que dicen, pero no puedes creer que estas cosas estén sucediendo realmente. ”

contextualización

Viajes imposibles

En el momento de cruzar el mar para llegar a las costas de Europa, y encontrar la protección que tan desesperadamente necesitan, estos hombres, mujeres y niños que han huido de sus países ya han padecido muchas dificultades en el camino. Las familias afganas rara vez son bienvenidas en Irán, y siguen a contrabandistas sin escrúpulos a través de montañas hacia Turquía, viajando en circunstancias insoportables. Familias sirias que escaparon de la guerra a Turquía trabajan de sol a sol por unas migajas y no tardan en ver que apenas pueden sobrevivir. Somalíes, congoleños, eritreos y otros refugiados de África cruzan el Sahara en camiones, pasando largos días sin comer ni beber, de nuevo se encuentran a merced de los traficantes; sufren la violencia racista y violaciones de los derechos humanos en Libia, atacados en lo profundo de su dignidad.

Al pisar suelo europeo, todos quieren avanzar lo más rápidamente posible de un país a otro, para finalmente llegar al lugar donde esperan encontrar seguridad, tranquilidad, libertad y paz. Ahora que los países europeos han cerrado sus puertas y han bloqueado las rutas, los refugiados quedan indefinidamente atrapados en las fronteras, en los campamentos, siéndoles mucho más difícil pedir protección.

Cuando las fronteras aún estaban abiertas, los refugiados se enfrentaban a un obstáculo tras otro para viajar dentro de Europa. Transportistas sin escrúpulos los llevaban de un punto a otro, con frecuencia en vehículos sin ventanas y prácticamente sin aire, cobrándoles sumas exorbitantes. Baste recordar el camión frigorífico encontrado en agosto de 2015 en la autopista entre Budapest y Viena con 71 cadáveres dentro. Autobuses llenos de refugiados podían quedar atrapados durante días porque se cerraron repentinamente las fronteras por cualquier motivo, por ejemplo, cuando los taxistas se declararon en huelga y bloquearon la salida de trenes.

Aparte de la violencia de las fronteras cerradas, vemos la violencia implícita en los controles arbitrarios y confusos: algunos refugiados fueron devueltos porque venían del país 'equivocado', o



📍 Pasando el tiempo en el centro de tránsito de Slavonski Brod, Croacia.

“ Cuando las fronteras aún estaban abiertas, los refugiados enfrentaron un obstáculo tras otro en su viaje por Europa.

”



📍 Refugiados a la espera de desembarcar del ferry que los trajo de Lesbos al puerto del Pireo, cerca de la capital griega, Atenas.



eligieron 'mal' el país de destino. A otros se les negó la oportunidad de solicitar asilo por responder 'incorrectamente' a las preguntas en el formulario que tuvieron que cumplimentar a la llegada y que no entendían.

Las palabras de los refugiados entrevistados muestran hasta quedó dañado el principio del derecho a solicitar asilo. Criterios discriminatorios, clasificaciones injustas e injustificadas, como el satanizado "migrante económico", y los abusos en las fronteras muestran la preocupante erosión del acceso a la protección y de la calidad de la misma.

Todas las cosas que los refugiados compartieron con Danielle revelan que las actitudes europeas y las consiguientes políticas con respecto a las personas necesitadas de protección han contribuido al inaceptable destino del viaje forzoso. Estas políticas que tanto costaron definir con claridad, a menudo no hacen honor a los solemnes compromisos de los países europeos en materia de asilo.

Otra cosa que aprendimos es que la vida familiar es una víctima grave de estos viajes. Innumerables son las familias que quedan separadas, entre otras cosas, porque muchos hombres o jóvenes hacen estas peligrosas rutas en solitario para facilitar que sus familias puedan seguirles con seguridad. Esta tragedia pone de relieve la necesidad absoluta de organizar vías legales y seguras que les protejan, particularmente mediante la reagrupación familiar. La atención a los vulnerables también debe quedar patente en nuestra legislación. También está la difícil situación de un gran número de menores no acompañados, denunciada en varios informes.

Y ahora el acuerdo entre la Unión Europea y Turquía, duramente criticado por muchos por no respetar las obligaciones internacionales y por las suspicacias ante el acceso real al asilo en Turquía, está jugando su papel disuasorio previsto: fronteras bajo control, cerradas, y la gente en busca de asilo bloqueada.

Cuando empezamos a escuchar a los refugiados, aprendemos dos cosas. Entendemos mejor lo que se siente al estar "en camino", animados por una esperanza que no conoce fronteras, impulsados por una fuerte preocupación por el futuro de los hijos. El encuentro con los refugiados nos revela su calidad humana. Primero, nosotros percibimos el sufrimiento y las dificultades, pero tras hablar con ellos, descubrimos su fuerte espíritu. Segundo, sus experiencias nos permiten ver muy claramente los graves defectos de nuestras políticas. Los refugiados se encuentran en un espacio intermedio, pero esto no significa en ningún caso que no tengan derechos, especialmente a la protección, la seguridad, la libertad y al respeto de su dignidad humana fundamental. Y otro derecho fundamental crucial: disfrutar de unas relaciones familiares en paz y de unas redes sociales más amplias tan necesarias para aquellos que lo han perdido todo.

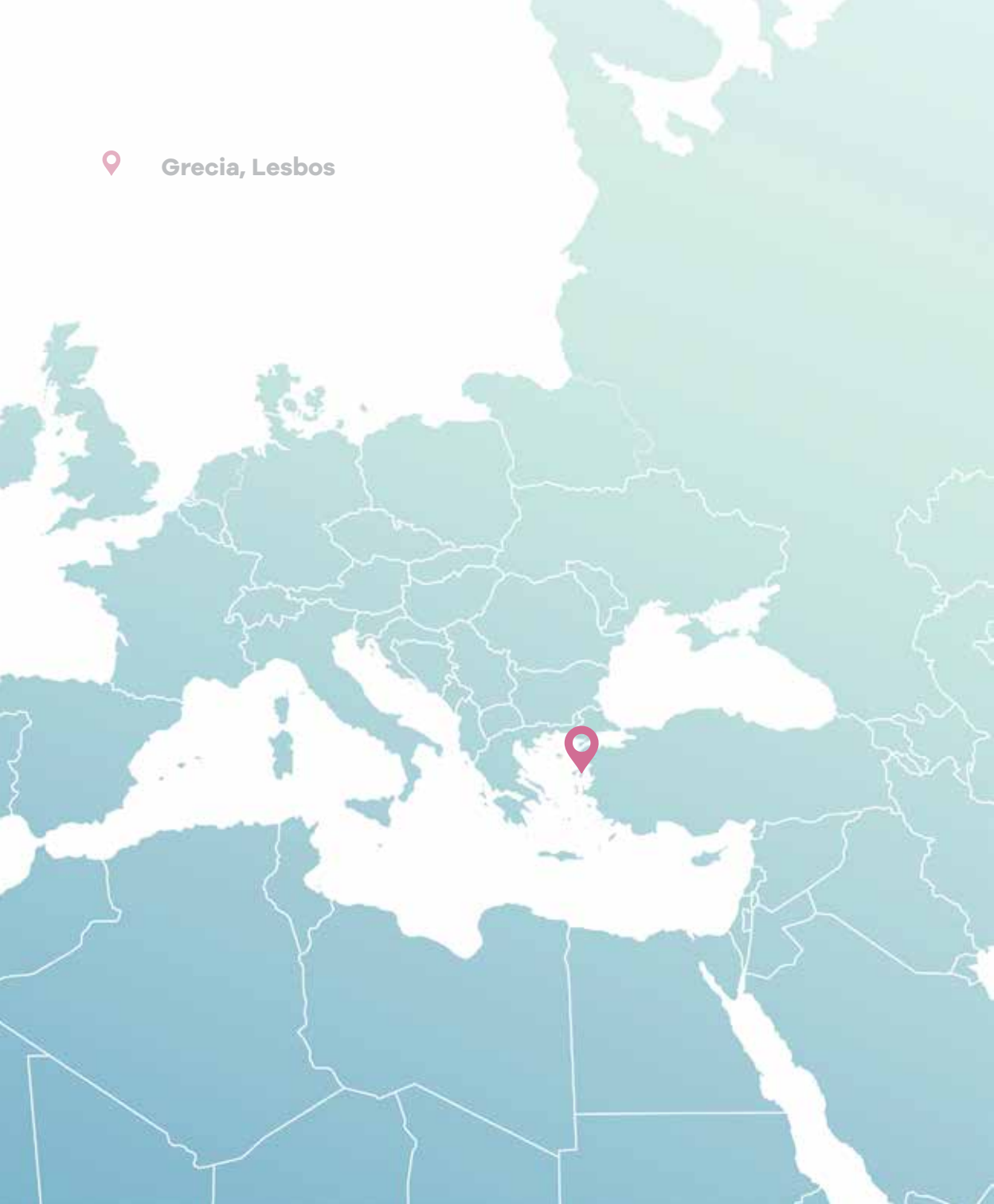
uno. Una esperanza que no conoce fronteras

📍 Un profundo alivio al llegar sanos y salvos a la isla griega de Lesbos.





Grecia, Lesbos



uno.

Una esperanza que no conoce fronteras

Es su auténtico alivio y esperanza lo que más llama la atención... más que su arrojo, los peligros y privaciones de su viaje, y sus terribles experiencias.

Parece que apenas ponen un pie en las costas de Europa muchos refugiados sienten que, finalmente, ya pueden disfrutar de la libertad: libres del miedo, de la represión, de la guerra, de la apabullante pobreza, y de la falta total de perspectivas provocada por unos o por todos los motivos citados. Y así, dan forma a una esperanza que no conoce fronteras, una esperanza que se niega a reconocer los ominosos movimientos dentro de la Unión Europea que amenazan su acceso a la protección.

“Durante cuatro años, he estado soñando con llegar aquí. Ahora me siento muy tranquilo, bien y feliz”, dice Haysem, que vino de Siria con su esposa y sus cinco hijos pequeños. “Ahora mismo, todos estábamos cantando juntos en la habitación: yo, mi esposa y mis hijos”.

Ahmed y Asha escaparon del Estado Islámico (EI) en Raqqa. Cuando le pregunté cómo se sentían, se miraron el uno al otro e intercambiaron sonrisas. Ahmed dijo: “Como

alguien que estaba muerto y ha vuelto a la vida”.

Haysem, Ahmed y Asyha compartieron sus historias conmigo a finales de enero en la isla griega de Lesbos, donde se alojaban en un albergue familiar. Conocí a decenas de personas de Siria, Irak, Irán, Pakistán y Afganistán, que acababan de llegar a una u otra de las islas griegas desde Turquía. Llegaron en busca de asilo y de una “vida nueva”. Ni de lejos son los únicos; se han unido a un éxodo hacia Europa que ha estado sucediendo durante años, pero que alcanzó su cénit en 2015, cuando más de un millón de refugiados y migrantes forzosos entraron a Europa. En enero de este año, casi 69.000 llegaron a Grecia.

Ya en tierra, los refugiados se mueven muy rápidamente de una parada a otra - a menudo con la ayuda de contrabandistas - para tratar de llegar al destino elegido. Este es generalmente Alemania, por muchas razones; la que me quedó fue “porque Angela Merkel es la madre de todos los sirios y los iraquíes”.

Parte de este enorme alivio que sienten los refugiados al llegar a territorio europeo se debe sin duda al haber sobrevivido a un viaje

potencialmente letal. Al menos 374 refugiados murieron en el Mediterráneo en enero, la mayor parte de ellos tratando de llegar a Grecia en sobrecargados y frágiles botes inflables. Haysem describía su viaje en dos palabras: "Miedo y muerte".

Tarek, que huyó de la ciudad siria de Latakia para escapar del reclutamiento forzoso en el ejército, dice: "Los contrabandistas nos dijeron que serían solo 40 minutos en el mar, pero estuvimos tres horas y media. Fue muy duro y los niños, oh, los niños, llorando y gritando. Era una locura y peligroso". El día después de su llegada a la isla de Kos, Tarek fue despertado para que tradujera a un hombre que su esposa e hija habían muerto ahogadas.

Qusai, un hombre de Damasco con una discapacidad grave, casi no lo logra. Su diminuto tamaño y la incapacidad para moverse sin ayuda provocó que casi se lo llevaran las olas y se ahogara. Desde el momento en que subió al bote hasta el fin de su viaje a la isla de Nera, Qusai sufrió tres fracturas en sus frágiles huesos.

Los peligros del viaje en busca de asilo ni son nuevos ni sorprendentes. La historia ha demostrado que las consecuencias de viajar clandestinamente y a merced de traficantes sin escrúpulos pueden ser fatales. Pero es que quienes toman la difícil decisión de embarcarse en un viaje así sienten que no tienen otra opción.

En la costa turca, Qusai contempla las aguas negras "terribles" en las que los contrabandistas acababan de echar su silla de ruedas, porque no podía permitirse el lujo de pagar por el puesto. Acababa de pagar 1.000 dólares para él. Pensó: "Quizás lo haga, quizás,



De camino en Lesbos.





📍 Un campamento informal llamado Colina Afgana cerca del pueblo de Moria, en la isla griega de Lesbos. ↗

📍 Calentándose tras sobrevivir al viaje en barco de Turquía a Lesbos. ↻

no. No importa, esta es mi última oportunidad, no hay vuelta atrás, no hay por qué tener miedo, podría ser mi último día; o quizás no”.

Ghodrat, un joven hazara de la provincia de Ghazni, desgarrada por la guerra en Afganistán, llegó a Lesbos con su esposa y su hija de cuatro años. Trató de establecerse en Irán, pero fue deportado dos veces porque no tenía papeles. “Por supuesto que me di cuenta de que el viaje en barco era peligroso. Pero era más peligroso quedarse atrás, donde hay

personas que cogen una bomba y se matan a sí mismas y a otras; esto ocurría todos los días donde yo vivía. La guerra, por un lado, los terroristas suicidas por otro; la falta de trabajo y el hambre por el otro lado; amenazado porque además eres chiita... Así que decidí hacer el viaje, aun sabiendo que podríamos morir ahogados”.

Al escuchar de lo que huían, no es de extrañar que la gente que conocí mostrará tal determinación. Estaban dispuestos a explicar,





📍 Campamento informal de Colina Afgana en Lesbos.

“ La vida que tuve fue tan dolorosa, que no tenía la capacidad de preocuparme por nada. ”

dibujar, gesticular y buscar en Internet las palabras para contarlos. Los que venían de las zonas rebeldes de Siria estaban aterrorizados por los barriles bomba lanzados por su propio gobierno, “destruyéndolo todo: escuelas, hogares, mezquitas”. Un hombre dijo en voz baja: “Cuando ves a los niños muertos, cuando intenta recoger sus cadáveres de entre los escombros, es horrible”.

Una viuda - que perdió a su marido por una bomba de barril - finalmente logró salir de Alepo después de haber sido enviada de vuelta dos veces al otro lado de la frontera por parte de Turquía. Ella se fue sin saber qué había sido de sus padres y de su hermano, que ‘desaparecieron’ después de que el ejército sirio les detuvo hace cuatro años. “Nuestro padre tenía 70 años, caminaba con bastón; ¿qué mal podía hacer?”

Luego estaban los que lograron escapar del territorio controlado por el EI en Siria e Irak, como cuatro hermanas yazidíes, la más joven llorando en silencio. Los combatientes del EI mataron a su madre después de que las chicas huyeran: “Si una mujer es joven y hermosa se la llevan. Si es vieja, la matan”.

Otros recuerdan cómo el EI castiga las infracciones, que van desde fumar a no rezar o a tratar de escapar de su territorio, con la flagelación o los trabajos forzados, la excavación de zanjas en la primera línea. “¡Kollox haram!” (¡Todo está prohibido!) Pero la peor pesadilla era la decapitación. Ahmed dibujó una plaza en mi cuaderno y explicó: “Hay una plaza en Raqqa donde el EI traía a gente para su ejecución cada dos semanas. Luego dejaban las cabezas allí durante tres días. Este era un lugar hermoso, solíamos ir

a por un helado en familia, pero ahora todo el que va allí está muerto”. Le desea a Ahmed buena suerte cuando se levantó para irse. Tomó el lápiz y dibujó una cruz sobre la plaza. “Inshallah”, respondió.

Mi intérprete de árabe en Lesbos estaba visiblemente conmovido. “Uno escucha las palabras, pero cuesta creer que estas cosas sucedan realmente”, dijo. Muy cierto: por más que lo intento, no puedo ni siquiera comenzar a imaginar o entender - ni siquiera remotamente - lo que se siente al ser amenazado por tales horrores. Recuerdo una y otra vez algo que dijo Ghodrat: “La vida que tuve fue tan dolorosa que ya no me queda espacio para estar preocupado por nada”. Pero su sueño - y esto es así para todos los refugiados que conocí - se alimenta no solo de la desesperación, sino también de la fe: una fe inquebrantable en Europa como la meca de la paz, la democracia y el respeto por los derechos humanos “de cada persona”.

Esta fe se refuerza con la acogida ofrecida por los generosos residentes y por un grupo de ONG coordinado por las ONU en las islas y en Atenas. Tarek recuerda: “Tres hombres suecos vinieron a rescatarnos de la embarcación. Entonces, me sentí seguro, y algún día voy a ayudar a personas como ellos nos ayudaron. Fue maravilloso, especialmente cuando los vimos cogiendo a los niños como si fueran suyos”.

A medida que los refugiados se aventuran más allá, el entusiasmo parece disminuir. Me

encontré con Tarek en Eidomeni, en la frontera con Macedonia, que fue cerrada debido a una huelga taxistas macedonios que habían bloqueado los trenes. “No pensamos que sería tan difícil, pensamos que llegaríamos a Alemania en cinco o seis días, pero ya llevamos en Grecia siete”.

La cruda realidad es que su búsqueda de asilo va a ser mucho más difícil de lo que la mayoría imagina. Aunque hay mucha buena voluntad en Europa, sobre todo entre la gente corriente y los grupos de la sociedad civil deseosos de mostrar su hospitalidad, las tendencias políticas van en dirección opuesta. A nivel nacional y de la UE, los políticos están proponiendo y, a veces implementando, medidas para endurecer los controles fronterizos y restringir las políticas de asilo, incluso ofendiendo a la dignidad humana.

Pero las noticias negativas no parecen disuadir demasiado a los refugiados recién llegados. Siguen con la esperanza de encontrar al menos un lugar seguro, y la oportunidad de trabajar y estudiar y dar a sus hijos un futuro más feliz, que es la prioridad de cada uno de los padres que conocí. Se aferran fuertemente a la esperanza porque no pueden permitirse el lujo de hacer otra cosa. Al igual que millones antes que ellos, se lo han jugado todo a su apuesta por la libertad. Y desde que los conocí, todo lo que puedo pensar es: ¿cuántos de ellos encontrarán esa nueva vida por la que lo han sacrificado todo, y qué podemos hacer para ayudarlos?

dos. Lazos familiares rotos

📍 Manteniéndose unidos en un campamento de tránsito en Croacia.





1. Serbia
2. Croacia
3. Grecia

2

A map of Europe with a light blue background and white outlines of countries. Three red location pins are placed on the map. Pin 1 is in Serbia, pin 2 is in Croatia, and pin 3 is in Greece. The map shows the continent of Europe, including the British Isles, Scandinavia, and the Mediterranean region.

1

3

dos.

Lazos familiares rotos

La foto, no más grande que la palma de mi mano, era el retrato formal de una familia afgana de siete. El angustiado padre la sacó de su billetera con dedos temblorosos, y la puso en mis manos, junto con la tarjeta de identificación de su esposa.

Solo el hombre y uno de sus hijos, de unos ocho años, llegaron a Serbia, donde los encontré en un centro de tránsito en su camino a Europa. Los demás se perdieron en uno de los pasos letales del viaje para buscar refugio: la frontera entre Irán y Turquía, cuyos peligros son conocidos debido al terreno montañoso, a las inclemencias del tiempo y al riesgo de ser interceptados por los guardias fronterizos.

“Iba caminando con mi familia y los guardias comenzaron a disparar desde ambos lados. Quedamos atrapados. Agarré la mano de mi hijo y corrimos, los demás escaparon en otra dirección. Ahora no sé dónde está mi familia”, cuenta el hombre.

¿Trató de buscarlos? “¡No pude! Si lo hubiera hecho, los guardias habrían disparado. Y luego tuvimos que seguir corriendo: el contrabandista tenía un palo y un cuchillo, me pegaba para que no me detuviera”.

Él pregunta desesperado: “¿Hay alguien que pueda traer a mi familia?”

Luego, su hijo habla, conteniendo las lágrimas, y nombra solemne cada uno de sus hermanos y hermanas perdidos, contando los dedos: “Ali, Mohammed, Farzona, Mortaza... cuatro y, con mi madre, cinco”.

Esta desgarrada pareja siguió viajando con el resto del grupo, cargando su trauma, su sensación de pérdida y la esperanza desvanecida.

Solo Dios sabe cuántas familias han tenido que enfrentarse a situaciones tan difíciles como estas, que parten el corazón, en su desesperado viaje en busca de un lugar más seguro que aquel que el destino les asignó. Hoy, la ruta que la mayoría de los refugiados están tomando en Europa - de Grecia en adelante - está llena de padres, hijos y abuelos.

Que los padres lo hacen por sus hijos nadie lo duda; sus sacrificios y sueños son por ellos. Pero los refugiados deben recurrir a estos peligrosos medios de viaje, en un intento por salvar a su familia que, a menudo, lleva a la pérdida, de forma temporal o - en el peor de los casos - permanente.

Reza, un refugiado iraní, traductor en la isla griega de Lesbos, nunca olvidará a una mujer a la que trató de ayudar apenas esta desembarcó. “Vi como el estómago se le inflamaba rápidamente y grité que teníamos que llevarla al hospital. Durante todo el camino, la tuve entre mis brazos. La mujer no quería que la ayudásemos a ella, sino que cuidásemos de su hija. Al día siguiente, fui a preguntar a su familia cómo estaba. No lo consiguió”.

Tan peligroso es el viaje que muchos hombres optan por ir solos, tratando de encontrar una manera más segura para que su familia les siga, un plan valiente que puede quedar frustrado por las estrictas políticas de reunificación familiar en Europa.

Mohammed proviene de Erbin, una zona asediada al este de Damasco. Primero se fue a la capital, para luego huir de Siria después de que la inteligencia del ejército fuera dos veces a buscar a su hermano. Ese fue el detonante.

“Dejé a mi esposa e hijos con mi madre. Los extraño mucho”, dice cuando nos encontramos en el centro de tránsito de Slavonski Brod, en Croacia. “Ahora he oído que hasta dentro de dos años mi familia no tendrá permiso para venir. No me puedo quedar solo durante dos años”. Mohammed se queda sin palabras. Le resbalan unas lágrimas, mira hacia otro lado y

le da una fuerte calada a su cigarrillo.

El marido de Nour huyó de la ciudad siria de Alepo hace cinco meses tras recibir una amenaza, “un documento que era muy peligroso”. Se fue a Alemania, pero Nour no se resignó a seguirlo siguiendo los canales legales. Embarazada de ocho meses, se puso en camino hacia Grecia con su padre y un hermano, porque, como no deja de decir, “ya no podía soportar estar sola en Siria”. La hija de Nour, de un año y medio, se aferra a ella. “Mi bebé necesita a su padre, siempre está diciendo papá, papá. Y yo le echo de menos, mucho, mucho, estoy esperando el momento para encontrarme con él”.

Nour partió sin dejarse influir por el temor a dar a luz en el camino. Me encuentro con ella en Slavonski Brod. “Estoy muy, muy cansada”, dice. “Hemos estado en la carretera durante 10 días.” La peor parte fue estar atrapada en la parte griega de la frontera con Macedonia, debido a una huelga de los conductores de taxi macedonios. Al menos 80 autobuses llenos de refugiados permanecieron en una gasolinera durante días esperando la apertura de la frontera.

“Me quedé siete días en el autobús, tenía mucho frío y muy poca comida”, recuerda Nour. La última vez que la vi, esperaba pacientemente a sus parientes en el “rincón de



Una religiosa de Cáritas reparte té caliente en un campamento de tránsito en Croacia.

“ Deje a mi esposa e hijos con mi madre en Damasco. Los extraño mucho. Hoy supe que mi familia no tendrá permiso para venir hasta dentro de dos años. ”

📍 En otro centro de tránsito, esta vez en Presevo, Serbia.



búsqueda” de una gran tienda de campaña. A pesar de su terrible experiencia, Nour sonríe a menudo. Ella dice filosóficamente: “Es difícil en todas partes: En Siria y aquí”

Muchos jóvenes asumen voluntariamente la obligación de ir primero ellos a Europa, no solo por sus esposas e hijos, sino también para sus padres y hermanos. Amir viene de Ghazni, en Afganistán. “Estoy muy preocupado por mi familia, ellos están solos y ocultándose de los talibanes. Mi padre tiene 78 años y yo soy el mayor, tengo que cuidar de mis padres, hermanos y hermanas. He venido a Europa para salvarlos, ¿lo entiendes?”

El padre de Amir estuvo trabajando como farmacéutico y médico para el gobierno de Afganistán desde hacía más de 40 años, un crimen a los ojos de los talibanes. Hace un año, el anciano recibió amenazas de muerte. Amir se fue poco después, trabajó en Irán para conseguir dinero para su viaje, y luego se fue a Grecia. “Tengo que forjar mi vida en Europa y luego traer a mi familia”. Ellos están constantemente en contacto: “cada vez que encuentro Wi-Fi, los llamo ni que sea para decirles que estoy aquí. Se ponen muy felices, aunque siempre lloran”.

Hay tanto dolor cuando dejas atrás a tus seres queridos y a tu país. Muchos trataron de aguantar hasta el final, pero luego llegaron al punto de ruptura: bombas que caían con demasiada frecuencia y demasiado cerca; amenazas que aumentan e incluso se cumplen...

“Amo a mi país, pero me encanta la vida y mi futuro también”, dice Hamid, que fue apuñalado porque trabajó como traductor para ONG extranjeras en Afganistán, otro “crimen”.

Muchos trataron de encontrar refugio en algún lugar no muy lejos de casa. Algunos afganos fueron a Irán, pero lo encontraron poco hospitalario, por decirlo de alguna manera. Innumerables sirios iban de un lugar a otro en su país desgarrado por la guerra, pero “ahora ya no hay alternativa para nosotros”, dice Hassan, un palestino de Damasco.

“Durante cinco años, hemos ido de aquí para allá. Pasaba un mes, y de nuevo más combates, más aviones volando a baja altura y disparando, así que hay que huir de nuevo. Ya estamos cansados en Siria”.

¿Hasta cuándo padres como Hassan pueden soportar tener a su familia viviendo en medio de la destrucción y la muerte? “No me fui de Siria antes porque no me lo podía permitir”, continúa. “Llevaba tres años pensándolo. Lo intenté, lo intenté y lo intenté, pero no lo conseguía. Pedí a amigos en el extranjero que me enviaran dinero. Nos costó 3.000 euros venir a Grecia”.

El objetivo más importante de su viaje es sencillo: estar en un lugar seguro y tranquilo. Un hombre, que vino desde el territorio bajo control del Estado Islámico (EI), en Siria, dijo: “¿Qué esperaba? ¡Nada! Solo que uno, dos, tres – se señala a sí mismo, a su esposa y a su niño pequeño – estemos juntos y a salvo, eso es todo”.

Mientras los refugiados van rápidamente de un país europeo a otro, en la ruta hacia su destino previsto, el personal de los centros de tránsito trata de mantenerlos a salvo y ayudarles, especialmente a las familias y a las personas vulnerables.

Los refugiados solo tienen buenas palabras para ellos y ellas. Por ejemplo,

“ Estoy muy, muy cansado. Hemos estado en la carretera durante 10 días. ”



📍 Preparándose para la siguiente etapa del viaje en el centro de tránsito de Presevo, Serbia.





📍 Haciendo cola para subir al tren en un campo de tránsito en Macedonia, cerca de la frontera con Grecia.

Mohammed: “Tengo que dar las gracias a todos los que trabajan en los centros, lo mantienen limpio, sonríen, dan comida, son muy amables y siempre dispuestos a ayudar”.

Entre los refugiados tampoco falta la solidaridad. Viajan en grupos, que a veces se forman en el camino. Velan los unos por los otros, se esperan y se preocupan por los demás. Los líderes naturales y los que hablan inglés guían al resto.

“Estoy ayudando a tres familias y a otras cuatro personas que conocí en el camino, todos

de Afganistán”, dice Amir. “Donde quiera que vamos, consigo billetes, información y comida para ellos, trato de resolver cualquier problema que tengan, porque no conocen el idioma, y es muy duro”.

El hombre afgano y su hijo que perdieron a su familia están siendo atendidos por el grupo con el que han viajado desde Irán. Hamid está con este grupo y me asegura que les ayudará a ponerse en contacto con la Cruz Roja cuando lleguen a Croacia. “Estoy con ellos, lo haré”, dice. “Todo lo que pueda hacer, lo haré”.

tres. Escuchar las historias que hay detrás

📍 Colas interminables: esta en el centro de tránsito de Presevo, Serbia.





1. Croacia
2. Frontera entre Macedonia y Grecia



tres.

Escuchar las historias que hay detrás

“Nadie ni siquiera escucha las historias que hay detrás”. Con estas palabras, Iva, una joven croata que trabaja para el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS), resumía perfectamente la preocupación más evidente en la llamada crisis de los refugiados de Europa.

Dado que el número de refugiados que llegan a Europa, principalmente a través de Grecia, aumentó drásticamente el año pasado, la tendencia cada vez mayor ha sido detener su avance. Los países en la ruta de los refugiados utilizan criterios peligrosamente arbitrarios para determinar quién puede y quién no cruzar sus fronteras.

Mientras hacía la ruta, me di cuenta de que para que les permitan continuar el viaje a Europa, los refugiados deben venir del país “correcto” de origen y dar el nombre del país “correcto” de destino cuando se lo preguntan en las fronteras. No vi la más mínima intención de escucharles para determinar sus necesidades de protección.

Desde este fin de semana, los controles fronterizos se han vuelto aún más restrictivos. Antes, a sirios, iraquíes y afganos se les permitía pasar. Ahora Macedonia solo acepta sirios e iraquíes con tarjetas de identidad y

pasaportes, y se niega a los afganos entrar en su territorio. Como resultado, se estima que 4.000 refugiados quedaron varados en la frontera entre Grecia y Macedonia, mientras que miles más observan y esperan en Atenas.

Iva, que ha estado trabajando con los refugiados en la frontera de Croacia con Serbia, desde que estos empezaron a llegar el año pasado, recuerda un intento previo de impedir el paso a los afganos.

“Cuando la crisis comenzó el año pasado, los afganos tenían problemas para cruzar la frontera. Y la explicación era que ‘los afganos no están aquí por la guerra; la situación está bien, ya sabes; oficialmente, allí no hay guerra’”.

La repentina decisión de esta semana de rechazar a los refugiados afganos es muy preocupante. Recuerdo dos comentarios sorprendentemente similares de dos de ellos que me encontré en el camino, que nos dan una imagen de cómo es la vida en su país. El primero fue Ghodrat: “Cada noche, al ir a dormir, no esperábamos despertar con vida”. Otro joven afgano dijo: “Cuando salimos de nuestros hogares para ir a trabajar, no nos esperamos volver, ya que fácilmente puedes morir por un atentado suicida u otro ataque”.

De Grecia a Croacia, me encontré con refugiados afganos que huyeron de la persecución extremista. Ghodrat fue amenazado por ser musulmán chií. Ali escapó porque no quería que su familia pagara el precio de su trabajo como periodista. Hamid esperó más de la cuenta, y salió después de ser atacado por su trabajo como traductor para ONG extranjeras: "Iba de camino a mis clases de la universidad, cuando un grupo de hombres me interceptó diciéndome: '¡Traductor, detente!'. Se llevaron mis cuadernos y me apuñalaron en el cuello, pecho, brazos, en todas partes".

También escuché a personas recién llegadas de Pakistán, Irán y Marruecos con necesidades urgentes de protección. De Irán conocí a Reza, un cristiano que huyó de la ira de las autoridades por tener una iglesia en casa. Desde hacía dos años, le llamaban periódicamente para ser interrogado, un procedimiento que le afectó física y mentalmente. Cuando alguien dio a sus perseguidores las pruebas que necesitaban contra Reza, este salió de Irán inmediatamente. Y conocí la historia de una joven pareja que huyó de Irán después de que el marido fuera condenado a 150 latigazos, una pena de prisión suspendida y una multa exorbitante por servir alcohol en su boda.

La lista continúa. Cuando estaba entrevistando a las familias en un albergue de Cáritas en Lesbos, un joven se acercó y me preguntó si podía contarme su historia. "Soy gay y esta es la razón por la que hui de Marruecos", dijo. "La gente me golpeaba, me insultaba y me amenazaba, esto sucedía a menudo". Me mostró una cicatriz en un lado de su cara, y con un cristal me mostró cómo

“ La tremenda facilidad con que se etiqueta a las personas, ya sea como “refugiadas” o “migrantes económicas”.





© A la espera de su inscripción en el centro de tránsito de Slavonki Brod, Croacia.



📍 Tratando de obtener información en un centro de tránsito, Macedonia.

se la hicieron. Luego se levantó el suéter y me enseñó la cicatriz de una herida de cuchillo en el costado. Fue encarcelado dos veces bajo las leyes marroquíes contra la homosexualidad. “Quiero ir a Alemania, pero sé que no voy a poder”, dice frustrado.

El joven probablemente tiene razón. Es casi seguro que lo rechazarán en la frontera con Macedonia porque viene de la nacionalidad “equivocada”. Es más, al igual que muchos africanos del norte, corre el riesgo de ser clasificado inmediatamente como migrante económico. Y esta es otra cosa que veo: la facilidad con que las personas son etiquetadas, ya sea como “refugiados” o “migrantes económicos”, siendo estos últimos demonizados por tener la temeridad de venir.

El problema con este tipo de clasificaciones fáciles es que pueden ser injustas e imprecisas, y negar a las personas una protección que necesitan con urgencia. Dada la situación de falta de ley, violencia, represión y empobrecimiento de tantos países, la única manera de determinar si alguien es un refugiado es escuchar su historia para entender qué le llevó a huir y qué le pasará si vuelve.

Y aquí vuelvo de nuevo a las clarividentes palabras de Iva: “Catalogar a las personas de migrantes económicas y prohibirles que crucen las fronteras es cerrar los ojos a los problemas existentes desde hace tantos años”.

Ahora trabajando en el centro de tránsito de Slavonski Brod, Croacia, Iva ha visto lo suficiente para convencerse de que las personas se embarcan en este viaje solo porque es la única opción que les queda.

“Realmente, no creo que nadie deje toda su vida, su casa, sus amigos y los recuerdos a menos que tengan que hacerlo”, dice con firmeza. “Vemos a personas de 80 años y más, a gente en silla de ruedas... ayer había un hombre que tuvo dos ataques al corazón. Nadie se arriesga a tanto solo por irse de casa. Quieren ver si tienen la suficiente suerte de escapar de una situación de una muerte segura a una donde algunos sobrevivirán”.

Si a los refugiados no se les permite pasar a un país europeo donde sea factible pedir asilo reclamación, sus sacrificios podrían ser en vano. A toda costa, quieren evitar permanecer en Grecia, y muchos se ven obligados a recurrir, de nuevo a contrabandistas.

A principios de febrero, tomé un bus nocturno de Atenas a la frontera con Macedonia. El vehículo se detuvo en una estación de servicio en Polykastro, a pocos kilómetros de la frontera. Algunos de los pasajeros se apearon y se dirigieron a una fila de baños portátiles en el borde de la estación de autobuses. De repente, se echaron a correr y desaparecieron por los campos.

En el viaje de autobús, pude a conocer a un hombre de la Cachemira controlada por

Pakistán. No podía hablar mucho inglés, pero compartió unas galletas y frutos secos conmigo, y me mostró las fotos de sus hijos en su país. “Hermosos”, dijo con ternura, mientras sus dedos acariciaban las imágenes en su teléfono.

Espero que si él era uno de los que corrieron, los guardias fronterizos no lo cojan. Un informe recién publicado de *Human Rights Watch* afirma que algunas personas fueron brutalmente golpeadas por los guardias cuando fueron capturadas ilegalmente en el territorio de Macedonia y luego expulsadas de vuelta a Grecia.

No puedes culpar a la gente que busca asilo por tratar de salir de Grecia, que ofrece unas perspectivas muy sombrías. El país sufre de problemas económicos ya conocidos y un desempleo abrumador, y no está en condiciones de atender a un gran número de refugiados. La solicitud de asilo es un proceso largo y difícil, no es fácil de acceder, y se lleva a cabo sobre todo a través de Skype. Los que no consiguen hacer la solicitud corren el riesgo de ser detenidos y deportados. Entre las dificultades que enfrentan los refugiados en Grecia están la miseria, la falta de vivienda y los ataques xenófobos.

Y así, la esperanza de encontrar una vida, “no una vida mejor, solo una vida”, podría comenzar a desvanecerse. La primera persona que conocí en Grecia venía de Pakistán. Faisal no tenía hogar y hacía cola en Cáritas, en Atenas, con sus pertenencias metidas en una bolsa de plástico blanco. Me dijo que Grecia “no tiene nada que ofrecer” y que ha sido “perder el tiempo” durante ocho años. Su solicitud de asilo fue rechazada y lo detuvieron dos veces: “Si no tienes papeles, te cogen por





📍 Esperando con ansiedad la inscripción en el centro de tránsito de Slavonski Brod, Croacia.



📍 En el centro de tránsito de Presevo, Serbia.

cualquier cosa”. Faisal me aseguró que había perdido todas sus esperanzas: “Estoy muerto por dentro. Ni ilusiones ni sentimientos como la gente normal”.

Y ahora me acuerdo de otro paquistaní que apenas acaba de llegar a Europa en busca de protección, Waqar, que huyó ante las graves amenazas recibidas por ser musulmán chií. Estaba lleno de esperanza cuando me reuní con él en el albergue del JRS en Atenas, ya que confía en que “los europeos” salvarán a su familia.

Él dijo: “Nos gusta ver el canal National Geographic, ¿lo conoces? Y vemos que si

las personas de occidente aman tanto a los animales, ¿por qué no a los seres humanos? Estamos seguros de que los europeos se preocupan por los derechos humanos de cada persona”.

Por desgracia, las decisiones adoptadas por los países europeos, en un intento de manejar la crisis de refugiados, pone en entredicho la creencia de Waqar. Cada país se apresura a justificar sus acciones, señalándose unos otros, pero en última instancia, no hay ninguna justificación para la erosión de la protección que estamos viendo ahora en las fronteras.

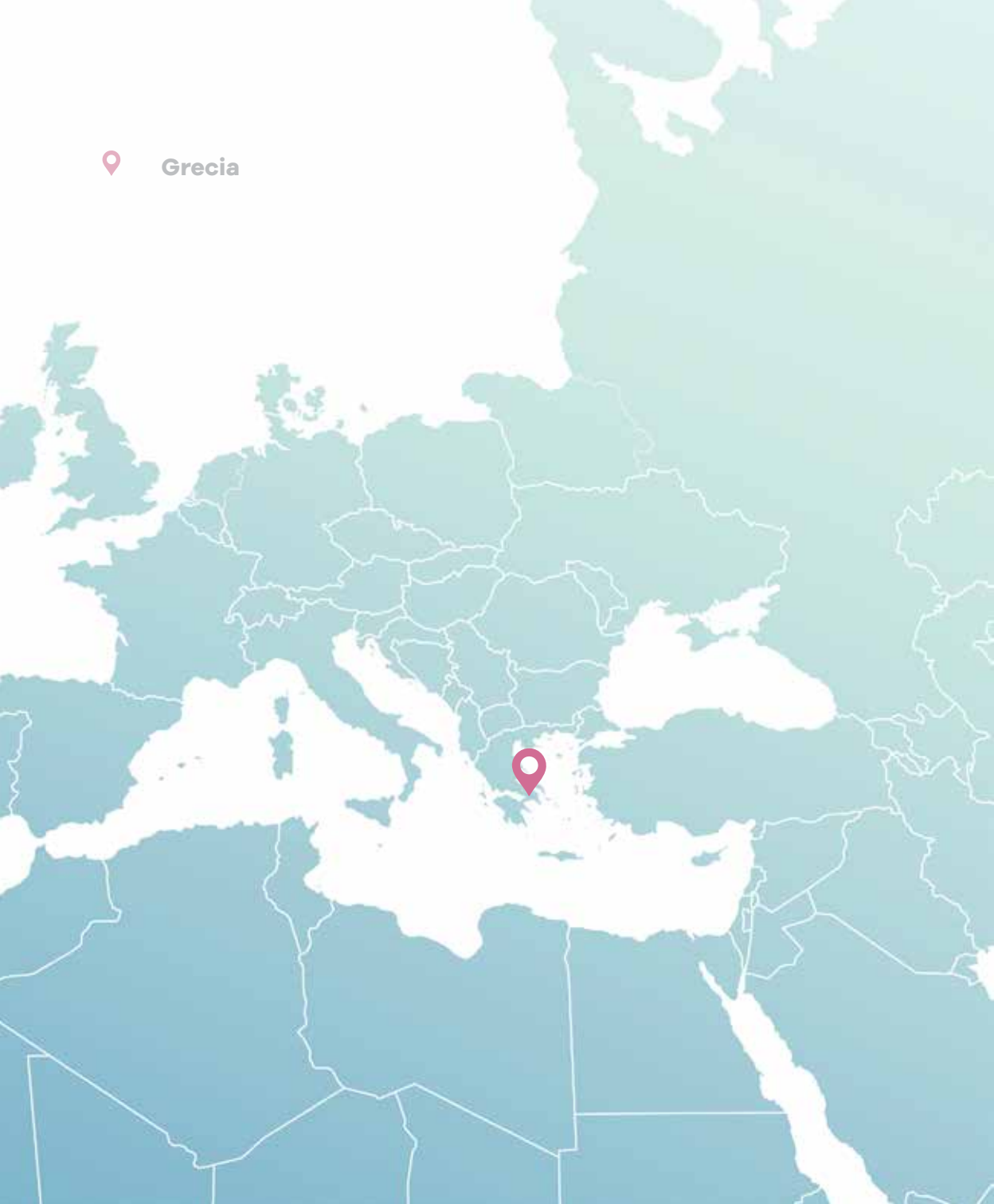
cuatro. Mi última oportunidad

📍 Qusai en un centro de acogida en Atenas, Grecia.





Grecia



cuatro.

Mi última oportunidad

El valor de los refugiados que se enfrentan a un viaje aterrador apostando por la vida frente a la muerte merece todo nuestro respeto. Eso es algo que me quedó muy claro estas últimas semanas tras conocer a tantas personas que hacían la ruta de los Balcanes en busca de asilo en Europa. Y especialmente cuando escuché a Qusai, que necesitaba una dosis extra de valentía para tomar las arriesgadas decisiones que tomó, a pesar de su especial vulnerabilidad.

Conocí a Qusai a principios de febrero. Estaba sentado en la repisa de la ventana de su casa prefabricada en un centro de acogida en Atenas, para poder ver lo que estaba pasando en el exterior. Me senté con él durante dos horas y escuché su historia, contada con tanta meticulosidad de detalles que apenas necesité hacer preguntas.

La historia de Qusai, de 27 años, comienza en Damasco, un lugar en el que preferiría no haber vivido, ni siquiera antes de la guerra. Gravemente incapacitado por una afección llamada osteogénesis imperfecta, siempre sintió que su país no podía ofrecerle los servicios especializados y las oportunidades que necesitaba para vivir plenamente la vida.

Comenzó: “Mi vida en Siria era difícil antes de la guerra y, después con la guerra, fue a peor”.

En silla de ruedas, Qusai vivía con temor a las bombas, especialmente cuando estaba solo en casa y prácticamente indefenso, incapaz de moverse.

Los frecuentes cortes de energía, parte de la cotidianidad en tiempos de guerra, dejaron a Qusai aún más en la inopia. “Con la guerra, a veces no había electricidad durante 18 horas seguidas. Siempre estoy en el interior porque mi vida depende de computadoras y teléfonos de contacto con el mundo exterior”.

Cuando tenía acceso a Internet, Qusai se dedicó a escribir tanto contra el régimen sirio como contra los extremistas islámicos en Facebook “criticaba a los dos bandos”. No tardaron en llegar mensajes amenazadores de forma explícita en su cuenta de Facebook y a través de la gente que conocía. Hastiado, desactivó su cuenta y se hundió: “Trataba de ocultarme”.

Cuando Qusai decidió salir de Siria, fue a pedir el pasaporte. Sonríe con amargura al recordar la “ironía” de la respuesta que obtuvo: “Me dijeron que no tenía permiso



📍 Unos voluntarios reciben a un barco que llega a la isla de Lesbos. Qusai no tuvo tanta suerte. Pasaron horas antes de encontrar ayuda tras desembarcar en Nera, otra isla griega.

“ Me preguntaba
qué sería de mí
si el barco se
hundiera en el
agua helada.

”



para viajar fuera del país, porque no había cumplimentado mis papeles militares, por lo que tenía que presentarme ante el ejército. Fui de un lugar a otro para hacer el examen médico para quedar exento. Y, finalmente, conseguí mis papeles y el pasaporte”.

Qusai fue primero al Líbano con dos familiares y de allí viajó a Turquía, donde vive su hermana. Pero pronto volvió a frustrarse profundamente: “Ni estudio, ni trabajo, ni salud, ni posibilidad de salir, me enfrentaba a los mismos problemas que en Siria”.

En Turquía, Qusai intentó una y otra vez solicitar el reasentamiento en un tercer país a través del ACNUR. Pero sus esfuerzos fueron en vano. “Me dijeron que debía esperar porque estaban estudiando mi caso. Y al final llegó la llamada para decirme que no podían hacer nada por mí. Colgué el teléfono y me dije: No hay esperanza para mí. Y empecé a pensar en viajar por mar a Grecia”.

Es evidente que Qusai no podía viajar sin alguien que cuidara de él a lo largo del camino. Por suerte, se encontró con Ahmed. “Un amigo me habló de Ahmed, que venía de Damasco, y también quería viajar. Un

día, a finales de octubre de 2015, llamó y dijo: ‘Mañana, quiero cruzar el mar. ¿Quieres venir?’ Me sorprendió, pero respondí: ‘De acuerdo, estoy listo’”.

Al día siguiente, un resuelto Qusai se encontró con Ahmed por primera vez en la estación de autobuses. En su rostro se dibujaba una amplia sonrisa cuando recuerda su encuentro: “Empezamos a conocernos en el autobús, 16 horas desde Estambul a Izmir”.

Qusai pagó 2.000 dólares, todo lo que tenía, para Ahmed, de 19 años, y para él mismo, “solo para cruzar el mar”. Lo explica: “Me comprometí a pagar el viaje de la persona que me ayudase a cruzar el mar, sería algo así como devolverle el favor”.

Junto a otras 45 personas, fueron trasladados a un lugar aislado en la costa turca, y obligados a esperar al “jefe”. Qusai hace un retrato muy descriptivo del traficante: “El jefe llegó en un gran todoterreno. Se mostraba muy engreído, como si saliera de una película o algo así. Tenía una pistola en la cintura, llevaba gafas de sol y una chaqueta de cuero, y fumaba un puro. Todos sus hombres iban armados”.

“ En Turquía, Qusai lo intentó todo para conseguir el reasentamiento en un tercer país. Pero sus esfuerzos fueron en vano. ”

Qusai dijo que el “jefe” aseguró a los refugiados: “Nos preocupamos mucho por sus vidas. Este barco está fabricado en Italia, es muy bueno, porque me preocupo por ustedes”. Y luego ordenó que la silla de ruedas de Qusai fuera arrojada al mar porque Qusai no podía pagar por el espacio que esta ocupaba.

Observando las “aterradoras” olas negras al caer la noche, los pensamientos de Qusai eran sombríos: “Me preguntaba qué sería de mí si el barco se hundía en el agua helada. Pensaba, que tal vez lo conseguiría o que tal vez no. ¡Qué más da! Esta era mi última oportunidad, no había vuelta atrás, era absurdo tener miedo”.

Qusai sobrevivió al viaje... por poco. “Fue un desastre”, dice apesadumbrado. Aún no habían zarpado que su brazo izquierdo quedó partido al caerle encima una mujer en el barco. Debido a su pequeño tamaño, las olas de vez en cuando le cubrían, y él apenas podía respirar en ese espacio abarrotado.

Su nuevo amigo trató de ayudar a Qusai: “Ahmed gritaba a los demás que tuvieran cuidado conmigo y trató de apartarlos para que tuviera un poco de espacio. Después de

una hora, el agua me llegaba al pecho. No te puedo decir el frío que hacía; me caló los huesos. Ahmed comenzó a palmearme la cara porque estaba perdiendo el conocimiento”.

Después de tres horas y media, la mayor parte de las cuales las pasamos dando vueltas en círculos, la barca llegó a la isla griega de Nera y discurrió hasta la orilla sin ser vistos. Fue entonces cuando los huesos frágiles de Qusai volvieron a quebrarse. “Uno de los hombres que me llevaban por las rocas resbaló y cayó, partiéndome la pierna por dos lugares. Grité muy fuerte. Me tendieron en las rocas y me cubrieron con chalecos salvavidas para calentarme”.

Los otros refugiados se fueron, pero Ahmed y Qusai se sentaron en la playa durante horas, esperando y confiando en ser rescatados. A pesar de que estaba mareado por el dolor y el frío, Qusai estaba de muy buen humor. “Estábamos conversando como si todo fuera normal. ‘¿Estás bien?’, ‘¡Lo hicimos!’ Y nos poníamos a reír”.

Al cabo de un tiempo apareció un coche de policía. “Lo único que se me ocurrió decir fue: ‘Quiero una silla de ruedas’”. Para su inmensa

sorpresa, el policía regresó poco después con una. Así que dejaron la playa, Ahmed empujando a Qusai.

Qusai hace una pausa en su historia para decirme: “Te vas a reír cuando te diga dónde la policía encontró la silla de ruedas”. Lo descubrió horas más tarde, cuando él y Ahmed finalmente se encontraron con otros refugiados cerca de un restaurante, y uno de ellos fue a pedirle que le devolviera la silla de ruedas de su anciana madre. Desde entonces y hasta el final de su viaje, llevaron a Qusai en una silla de plástico.

Cuando Qusai ya no podía más, la dueña del restaurante se le acercó. “Se llamaba Eleni. Empezó a hacerme preguntas en inglés. Vio la ropa empapada por el mar y el vómito y me invitó a su casa para que me duchase. Me dio ropa nueva y comida”.

Qusai se emociona a medida que continúa: “Ahmed y yo no teníamos dinero para el ferry a la Grecia continental. Necesitábamos 50 euros cada uno. Hasta ahora, no puedo creer lo que pasó. Eleni me dio 100 euros. Empecé a llorar, la abracé, y ella también se puso a llorar. Fue como un milagro. A día de hoy, todavía sigo en contacto con ella”.

Y así llegaron al puerto del Pireo, en Atenas, Qusai, Ahmed y la silla de plástico.

Y allí encontraron la ayuda de otra fuente: la comunidad virtual de amigos de Qusai de todo el mundo, que siguió ansiosamente su viaje desde Turquía. Algunos amigos griegos buscaron un médico para que atendiera a Qusai en Atenas. Gracias a la foto de Qusai, el médico pudo reconocerlo y llevarlo a un centro de recepción, gestionado por las autoridades griegas y donde “la gente es maravillosa”.

Qusai y Ahmed presentaron su primera solicitud de asilo en Grecia y luego pidieron el reasentamiento a otro país de la Unión Europea, a uno en particular donde vive el tío de Qusai. El sistema funcionó inusualmente rápido. Unas pocas semanas después de entrevistarlos, un Qusai feliz me dijo que su solicitud había sido aceptada, y que debía viajar a su nuevo hogar en breve.

Me cuesta poner punto y final a esta historia, ya que me emociono cada vez que recuerdo el sufrimiento de Qusai, su valor, su personalidad inolvidable, y la bondad de Ahmed, Eleni y sus amigos online. Así que voy a terminar con lo que Qusai define como su visión de esa vida por la que estaba dispuesto a morir y que ahora parece que se hará realidad: “Vivir en paz, continuar mis estudios, trabajar y valerme por mí mismo. Quiero ver mi futuro”.

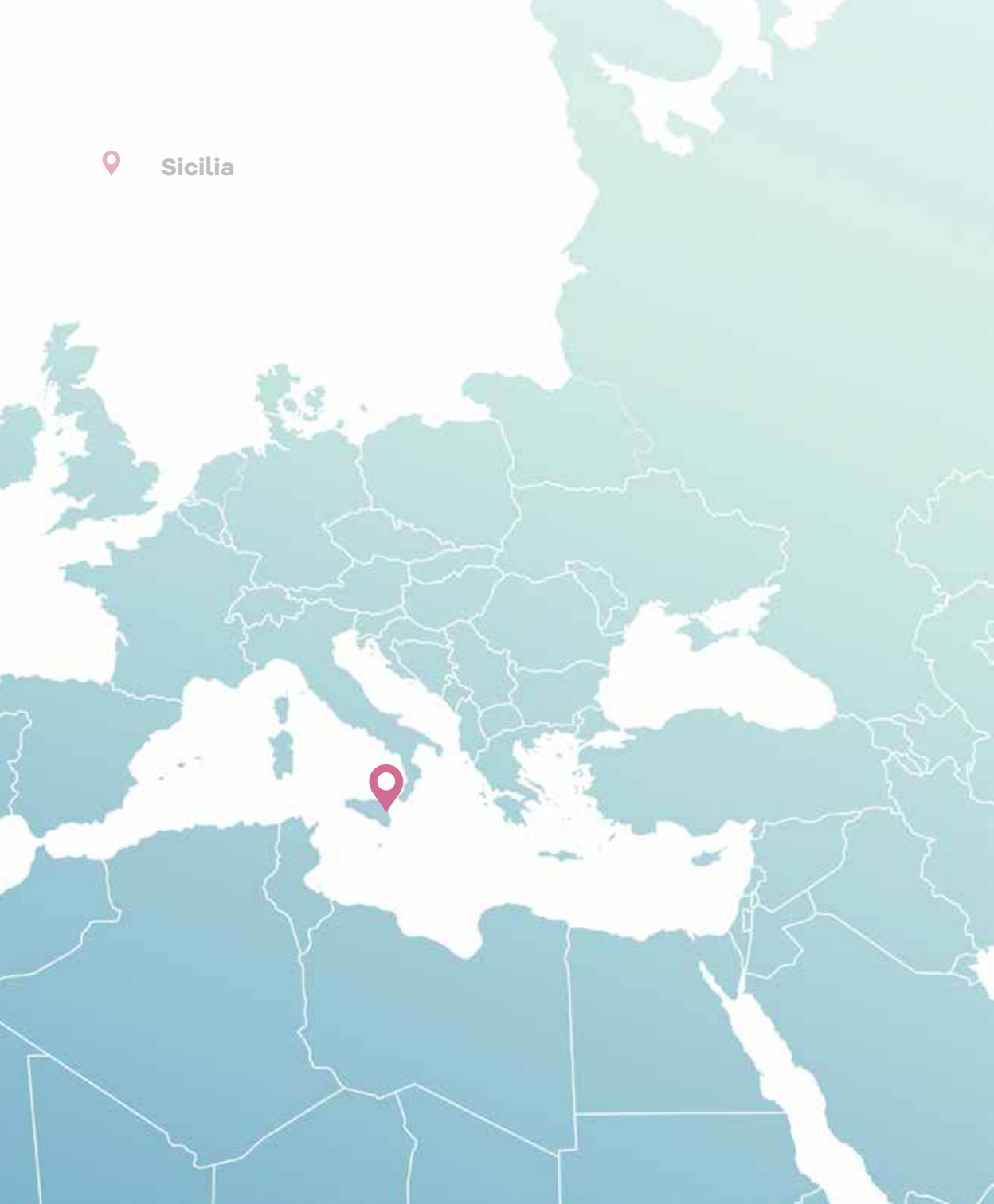
cinco. La otra ruta, pasando por el infierno

📍 Descansando sobre la cubierta de un barco de la Estación Marítima de Ayuda a Migrantes (MOAS) en Italia, tras haber sido rescatadas en el mar.





Sicilia



cinco.

La otra ruta, pasando por el infierno

“No voy a regresar jamás a Somalia”. La resuelta determinación de Yasmín de no regresar a su país está más que justificada. Esta chica de 19 años se fue huyendo de las desagradables proposiciones de un miembro del grupo terrorista Al-Shabaab. Negarse no era una opción. “Una persona de Al-Shabab quería casarse con una amiga mía y su padre dijo ‘no’. Ambos, padre e hija, fueron asesinados”.

Yasmín partió en solitario en un viaje terriblemente arriesgado hacia Europa, que la llevó a través del desierto del Sahara y Libia, dos trampas mortales para los refugiados. El viaje fue especialmente difícil para Yasmín, cuyas piernas habían quedado gravemente lisiadas dos años antes, cuando su casa en Mogadiscio quedó atrapada en el fuego cruzado entre el ejército y Al-Shabaab.

Yasmín arriesgó su vida para llegar a Italia. Y cuando lo consiguió, ni siquiera tuvo la oportunidad de solicitar asilo. Ella desembarcó en Lampedusa a principios de 2016, y le pidieron que rellenase un formulario en el que se incluía una lista de posibles razones por las que había venido. Yasmín, ingenuamente, marcó “trabajo”. Al parecer “asilo” no figuraba

de forma específica – si así fuera, Yasmín podría haber expresado claramente su necesidad de protección. Luego le entregaron un documento en el que se indicaba que al no expresar su deseo de solicitar asilo, tenía siete días para abandonar el país.

Yasmín quedó, sola, en las calles de la isla italiana de Sicilia, con solo su orden de expulsión en el bolsillo. Días después, Sofía, una mujer mayor somalí, encontró a Yasmín y a otra compatriota de 19 años, Amina, en la estación de tren de la ciudad de Catania. Estaban llorando.

Las dos chicas habían estado durmiendo a la intemperie, sin tener idea de qué hacer ni a dónde ir. A pesar de que a Amina no le habían notificado oficialmente que saliera de Italia, había sido recibida con indiferencia a su llegada. Dado que no hizo una solicitud expresa de asilo, quedó fuera del sistema, y completamente perdida. Sofía se llevó a Yasmín y Amina al Centro Astalli, tal y como se conoce al JRS en Italia, donde se hicieron cargo de ellas y les brindaron asistencia jurídica de inmediato.

Yasmín no es la única refugiada que llega a Italia a la que le dicen, casi de inmediato, que



📷 A salvo tras ser rescatados en el mar.

“ La ruta del Mediterráneo central es larga y peligrosa. ”

se vaya. El documento que le han expedido a ella y a muchos otros se conoce como “respingimento differito”, que podría traducirse como “prórroga de expulsión”. En cualquier caso, es solo otra manera de hacer limpieza y diferenciaciones arbitrarias en la frontera entre ‘merecedores’ y ‘no merecedores’ de protección.

Parece que la decisión de expulsar a la gente – dado el caso – se basa en la forma en que rellenan los papeles a la llegada, sin la información ni la ayuda necesaria para hacerlo. Así que las personas que necesitan protección y que, sin duda, la solicitarían si supieran cómo, son descartadas sumariamente.

He oído más de lo mismo en las últimas semanas a lo largo de la ruta de los Balcanes que la mayoría de los refugiados están siguiendo en Europa – una ruta cada día más difícil de recorrer –. Y ahora veo que los refugiados que viajan aquí a través de la ruta del Mediterráneo central, y que por lo general terminan en Italia, también se enfrentan a medidas restrictivas.

La ruta del Mediterráneo central es larga y peligrosa, especialmente para los refugiados procedentes de África subsahariana, que son quienes más la utilizan. A principios de marzo de este año, más de 9.000 había desembarcado

📍 En busca de una mano amiga: refugiados rescatados en el mar Mediterráneo.



en Italia: 97 murieron en el intento. 2015 fue el año más mortífero en lo referente a refugiados que cruzaron el Mediterráneo, y la gran mayoría de las muertes registradas, 2.892, ocurrieron en esta ruta.

Yasmín y Amina sobrevivieron, pero quedaron completamente traumatizadas por su periplo por el desierto del Sahara y por Libia. Yasmín tardó un año, y Amina tardó año y medio, para hacerlo. Contrabandistas en el Sahara las mantuvieron cautivas porque querían dinero. Los padres de Yasmín ya le habían dado todo lo que tenían para su viaje, pero los contrabandistas querían más. Amina no tenía nada de dinero por lo que los traficantes de personas la maltrataban continuamente. “Lloraba durante 24 horas, todos los días”, cuenta.

Amina también lloraba cuando me hablaba, tanto que apenas le salían las palabras. Ocultaba su cara entre los pliegues del fular, diciendo algo de vez en cuando. De repente, mostró las cicatrices que salpicaban su cuerpo: estas son de los bastonazos, estas de las descargas eléctricas, esta - una cicatriz en la piel entre el pulgar y el dedo índice - fue con un cuchillo.

Y, mientras recuerda los horrores que le infligieron, Amina no paraba de decir: “No tengo madre ni padre, estoy sola”.

Abandonada como estaba, Amina encontró ayuda de otros refugiados somalíes como ella, que pagaron a los contrabandistas para que pudiera viajar; cada uno aportó algo para rescatarla. Pero en Libia, el calvario de Amina continuó. La encarcelaron dos veces, la segunda vez después de que el barco al que subió para llegar a Europa se hundiera. Cuarenta personas se ahogaron.

Los supervivientes fueron devueltos a Libia, detenidos y golpeados brutalmente por atreverse a salir a escondidas del país.

Yasmín también fue duramente golpeada cuando intentó escapar de donde estaba detenida en Libia. Estuvo ocho meses encerrada. Solo cuando una delegación de un organismo internacional visitó el centro y descubrió a esta joven ensangrentada, y gestionó su liberación, fue puesta en libertad.

Los detalles de la vida en el desierto y en Libia me resultan terriblemente familiares, he oído a los refugiados hablar de su agonía demasiadas veces, comenzando por los contrabandistas en el desierto que exigen un rescate por los refugiados y los torturan para sacarles tanto dinero como puedan.

Esta práctica repugnante se repite en toda Libia, un territorio sin ley donde los refugiados indefensos son señalados para una fácil extorsión y explotación. Los que no han sido detenidos o secuestrados al menos una vez son ciertamente afortunados. No siempre está claro quiénes se los llevan. Como dijo un refugiado, “¿Cómo saberlo? Hay tantos libios con uniforme y portando un arma”. Las bandas criminales, que participan en el tráfico de personas y la trata, están, con toda seguridad, entre los culpables. Las milicias son probablemente otros. Mientras tanto, el gobierno internacionalmente reconocido de Libia, a través de su departamento para la lucha contra la migración irregular, tiene miles de “extranjeros indocumentados” en detención indefinida en al menos 15 centros en todo el país, donde se enfrentan a torturas y otros tratos horribles.

Imagínese, simplemente, pasando por este infierno y tratando de salir de él, y lo



📍 A bordo de un barco de rescate de Médicos Sin Fronteras (MSF) en el mar entre Libia y Sicilia.

“ Lloraba durante 24 horas,
todos los días. ”

único que te encuentras es que te rechazan o te ignoran en ese destino por el que sufriste tanto para llegar. Para Yasmín y Amina, esta es casi la gota que colma el vaso. Al no haber podido solicitar formalmente asilo, no las han colocado en un centro de recepción oficial, en el que estarían viviendo con relativa comodidad. Al menos, han encontrado ahora lugar en un albergue de una ONG, pero este alojamiento de emergencia está lejos de ser ideal.

Riccardo Campochiaro, el abogado del JRS en Catania, está presionando para presentar sus solicitudes de asilo tan pronto como sea posible, pero dice que al menos se tardará dos meses, por razones burocráticas. Dice que las autoridades ya están convencidas de permitir la presentación de solicitudes de asilo de personas que han recibido la carta de “prórroga de expulsión”.

Mientras tanto, Riccardo y otros abogados han recurrido tenazmente todos los casos ante los tribunales. Lo cuenta: “Dijimos a las autoridades que apelaríamos a todas las ‘prórrogas de expulsión’ aquí en Catania. Estamos apelando sobre la base de que a las personas no se les dio ninguna información a su llegada acerca de cómo solicitar asilo y que ni siquiera recibieron una explicación acerca de lo que es el asilo. El punto es: Has venido en busca de asilo, ¿por qué no lo hiciste? Tiene que haber un momento en el que alguien le explica a la persona qué es el asilo, y si quieren solicitarlo o no”.

El compromiso de Riccardo y sus colegas con sus clientes refugiados es admirable. Sin embargo, el procedimiento requiere tiempo, por lo que muchos refugiados se cansan

“ Ellos quieren un documento que les dé protección, no que les expulse.



de esperar y desaparecen en silencio para continuar su viaje a Europa, sin ningún tipo de reconocimiento ni apoyo.

Yasmín y Amina esperan pacientemente. Ambas siguen diciendo lo mismo: en esencia, lo que quieren es un documento que les de protección, no uno que las expulse.

“Quiero hacer todo lo necesario para permanecer aquí”, dice Amina. “Quiero un documento, quiero trabajar, para poder ayudar a mis hermanos y hermanas que están en Somalia. Ellos no tienen a nadie, no tenemos ni madre ni padre”.

Con suerte, las dos chicas, tiempo al tiempo, obtendrán la protección que desean y necesitan con urgencia, y podrán reconstruir sus vidas rotas poco a poco. Dios sabe que merecen toda la ayuda que puedan conseguir, y no esa mala acogida que recibieron en su lugar.

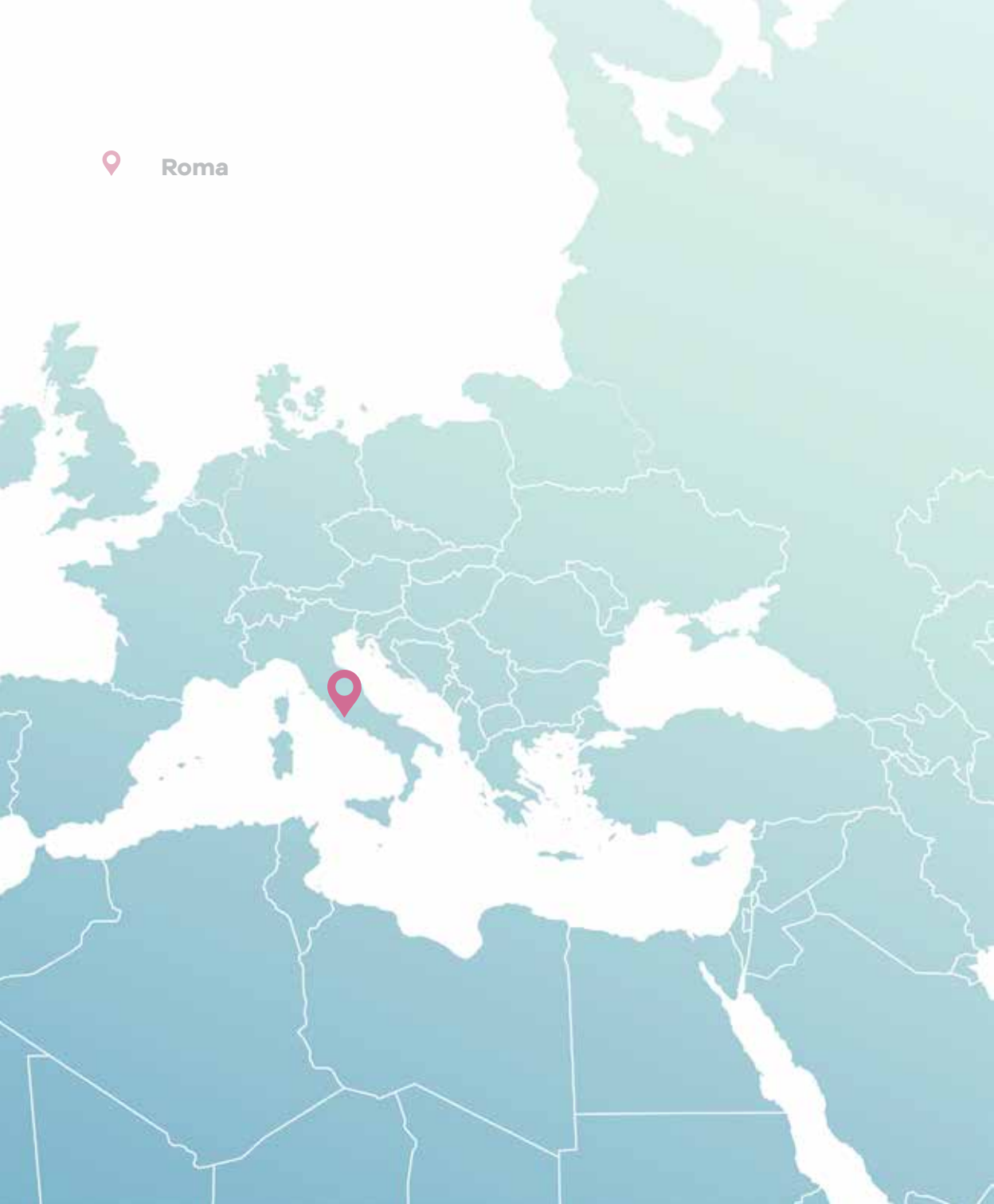
seis. Si hay alguien llorando, nadie le escucha

📍 Un campamento de desplazados en el este del Congo, donde los abusos contra los derechos humanos son habituales.





Roma



seis.

Si hay alguien llorando, nadie le escucha

Rose comenzó a jugar al fútbol cuando tenía siete años. “Yo juego muy bien”, dice muy en serio. “Es mi profesión. Muchos equipos estaban interesados en mí”. Tanto es así, que un equipo la fichó cuando tenía 12 años. A los 14, Rose dejó su país, la República Democrática del Congo (RDC), y se fue a jugar a otros lugares de África durante unos años, “un fichaje internacional”. Pronto tuvo una carrera de la que sentirse orgullosa.

Cuando Rose me cuenta su historia, ya está en sus treinta y tantos y viviendo como refugiada en un albergue para mujeres del JRS en Roma, muy lejos de los campos de entrenamiento de fútbol, que eran su vida y su pasión allá en África. Se pone seria al contar su historia lenta y pausadamente, poniendo cuidado en no omitir ningún detalle que ella crea importante.

Rose mantiene el tono de voz cuando me cuenta que hace unos 10 años decidió empezar a jugar al fútbol para un equipo militar. Nada parecía indicar en la narración que este paso en su carrera iba a llegar a un punto de no retorno. Pero su vida cambió en el espacio de unos pocos años, cuando Rose comenzó a darse cuenta de que “muchas cosas malas

estaban sucediendo, y eso no me gustaba”.

Las “cosas malas” que perturbaron a Rose fueron conocer los abusos que el ejército estaba perpetrando contra su propia gente. “Poco a poco, fui cambiando”, recuerda. “Teníamos que hacer mucha propaganda progubernamental como equipo. Cuando jugábamos, debíamos lucir las camisetas de Kabila. Pero yo no quería hacer propaganda a favor de Kabila”.

Era inevitable que la reticencia de Rose de promocionar al presidente congoleño, Joseph Kabila, la pondría en problemas. A pesar de verse obligada a seguir jugando al fútbol para el ejército, al terminar su contrato, ella, desafiante, rehúso alinearse para el gobierno.

Es más, comenzó a reunirse con sus compañeras de equipo, “para juntas proclamar que somos congoleñas y denunciarnos que muchos de nosotros están siendo asesinados todos los días”. Y se negó a usar las camisetas de Kabila. “Para nosotras, se acabó”, dijeron.

Convocada por un general del ejército que era el presidente de su equipo, Rose se lo dejó muy claro: “No me gusta lo que están haciendo en el país. Hay muchos que están llorando en las provincias y aquí en Kinshasa”.

Las cosas empeoraron cuando Rose finalmente trató de abandonar el equipo e ignoró las súplicas para que se quedara. “El general llamó a cinco soldados y les dijo que me rompieran las piernas, para que no pudiera jugar más. Me golpearon una y otra vez y me rompieron la pierna derecha desde la rodilla hacia abajo. Por la noche, me tiraron al río, y me dieron por muerta. Mi cuerpo estaba cubierto de sangre. Un ‘papa’ [hombre mayor] me encontró; la gente vino a ayudar y me llevaron al hospital. Estuve en coma durante tres días”.

Lo que más recuerda Rose no es la tortura, sino la muerte de su padre cuando escuchó la noticia. “Mi padre estaba enfermo y también hospitalizado. Al oír a la gente diciendo que me moría y que estaba tan gravemente herida, él falleció ese mismo día”.

A día de hoy, Rose aún no puede asimilar la muerte repentina de su padre. A lo largo de nuestra conversación, sigue refiriéndose a él con dolor y remordimiento. “Mi padre solía decirme que dejará ese equipo. Si le hubiera escuchado, él estaría vivo ahora. Me siento culpable, siento que él murió por mí culpa”.

Tal vez es su sentimiento de culpa lo que

impide a Rose ver lo fuerte que es. Después de haber sido torturada, pasó ocho meses hospitalizada. Tuvo que ir de un hospital a otro para escapar del constante acoso del ejército y, cuando ya no tuvo adónde ir, fue al lugar de nacimiento de su madre y se concentró en su recuperación. “Empecé a mejorar, poco a poco, lentamente. Por la mañana, corría; por la noche, seguía el tratamiento tradicional”, dice.

Rose se recuperó hasta el punto de que pudo comenzar a entrenar de nuevo. Decidió volver a jugar al fútbol profesionalmente. El bienestar de su familia estaba por delante de sus preocupaciones: “Necesitaba jugar porque desde los 14 años, siempre cuidé de mi familia económicamente, y pagué los estudios de mis hermanos”.

Pero a Rose no la dejaron en paz. El general que había ordenado a los soldados que le rompieran las piernas ahora la quería de vuelta en su equipo. “El problema creció, hasta tres jeeps de soldados vinieron para que dejase de entrenar”. Rose, valientemente, se enfrentó al general que se disculpó por lo que había hecho, dijo que “se había enojado”, y pidió a Rose que volviera por el doble o triple de su salario.

“ Allí, si alguien llora nadie le escucha. Los soldados llegaban de noche, abrían las puertas... y luego se llevaban a las mujeres para violarlas o a los hombres para asesinarlos. ”

Rose no solo se negó, sino que estaba tan decidida como siempre a “proclamar los derechos de nuestro país”. Y por ello decidió, con otras jugadoras de fútbol, unirse a una de las muchas manifestaciones que se organizaron en Kinshasa el 19 de enero de 2015, en protesta por los intentos de Kabila de mantenerse en el poder más allá de su mandato.

Lo que ocurrió en estas protestas está bien documentado por organizaciones de derechos humanos y medios de comunicación. Las fuerzas de seguridad reprimieron a los manifestantes y, durante varios días, la policía y los soldados de la Guardia Republicana mataron al menos a 43 personas, hirieron a docenas, y secuestraron a otras cinco.

Rose fue detenida y encerrada en un contenedor de transporte; ella asegura que la gente fue encerrada en contenedores en la zona, una práctica recurrente de las fuerzas armadas del Congo.

Al recordar su tiempo - afortunadamente breve - como una de aquellas detenidas, Rose se va angustiando cada vez más. Ella respira

profundamente y quiere que entienda muy bien el clamor olvidado de aquellos que estaban en los contenedores. Dibuja un montón de pequeñas cajas en un papel - los contenedores - y los señala con su bolígrafo.

“Allí dentro, si hay alguien llorando, nadie le escucha. Los soldados llegaban de noche, abrían las puertas para alimentar a todo el que estaba dentro, y luego sacaban a las mujeres para violarlas o a los hombres para matarlos a tiros. Se llevaban a la gente y nosotras oíamos los disparos: bum, bum, bum”.

Rose logró escapar, un soldado amable la ayudó, pero no antes de que ella fuera violada y torturada con ácido por otros cinco. Días más tarde, con la complicidad de otras personas, dejó su país y logró llegar sana y salva a Italia.

Establecida en Roma poco más de un año después, Rose me mira fijamente a los ojos: “Pero ¿no sabes lo que está pasando en mi país? ¿Por qué no vas a verlo? Los países europeos deben ir y ver lo que está sucediendo. ¿Quién les va a ayudar? Todos los días, en el Congo, hay muchas muertes y muchas atrocidades. Pero ¿a quién podemos contarle todo esto?”

¿Qué puedo decirle a esta mujer tan increíblemente valiente cuya principal preocupación es su país, aquellos a quienes dejó atrás en la cárcel, y no ella misma? La verdad, creo que la gente que tanto ha sufrido en la RDC está condenada, sobre todo, por el olvido internacional.

Semanas después de estar con Rose, no puedo quitarme de la cabeza un reto urgente. Recuerdo especialmente sus palabras: “si hay alguien llorando, nadie le escucha”, porque hablan de un sufrimiento ignorado que es el fruto de tanta injusticia y conflicto en el mundo de hoy.

Hay demasiados lugares donde la omnipotencia sigue estando a la orden del día, donde quienes detentan el poder tienen en sus manos la vida de la gente corriente, y pueden apagarla cuando lo deseen, sin que nadie pregunte.

Y esta es una de las razones más determinantes para que cientos de miles de personas de tantos lugares asolados por la guerra y la opresión sigan tratando de unirse a nosotros en Europa. He perdido la cuenta de las veces que he oído a refugiados diciendo lo increíble de aquí, porque se

puede realmente hablar, y criticar a aquellos que tienen el poder, sin poner en riesgo tu vida.

Rose arriesgó su vida más de una vez por proclamar los derechos de su pueblo. Ahora vive en un lugar seguro y ha recibido protección. Pero Rose todavía permanece abrumada por su pasado traumático y le resulta difícil concentrarse en el presente. “Mi vida está destruida”, me asegura. “No puedo dormir por la noche, pienso y pienso en tantas cosas. Exteriormente puedo reír y bromear, pero por dentro estoy muerta. La gente me dice que rece, así que rezo: Dios, ¿por qué permites que sucedan estas cosas?”

Aunque Rose no puede encontrar esperanza en su vida en este momento, percibí un destello al escucharla: su determinación de luchar contra la opresión, incluso a un costo tan terrible para ella.

Lo menos que podemos hacer cuando personas como Rose llaman a nuestra puerta es estar a su lado y aprender de ellas, escuchar lo que tratan de decirnos con sus decisiones heroicas y sus desesperados llamamientos. Y hacer todo lo que podamos para que sus sacrificios no sean en vano.

“ La gente me dice que rece, así que rezo: Dios, ¿por qué permites que sucedan estas cosas? ”



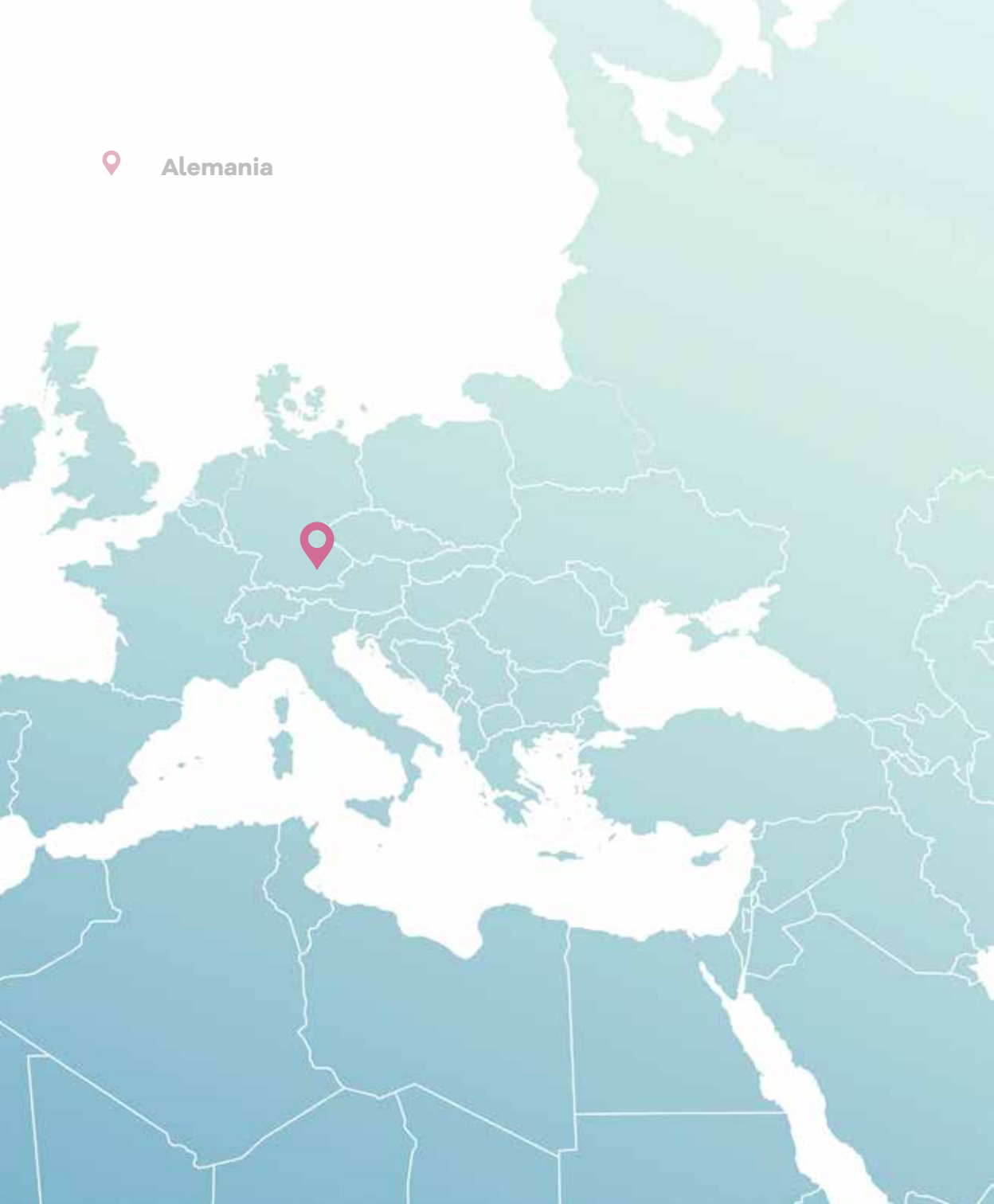
siete. La gente de aquí es amable

📍 Mustafá, a la derecha, con el voluntario Jürgen en un albergue para los refugiados en Kirchheim, cerca de Munich, Alemania.





Alemania



siete.

La gente de aquí es amable

“No tengan miedo, ya están a salvo, están en Alemania”. Estas fueron las primeras palabras que Sara escuchó cuando salió tambaleándose del camión que había cogido en Hungría hacia la tierra prometida. La policía detuvo a Sara, a su marido, Mustafá, y a su hijo de cinco años, pero no tardaron en tranquilizarlos.

Sara recuerda las palabras del policía como “la frase más reconfortante que he oído en mi vida”. Ellos pusieron punto final a un viaje que todavía, meses después, sigue en las pesadillas de su familia.

La cálida bienvenida que la joven pareja recibió en Alemania hizo que el viaje mereciera la pena: desde la aterradora huida de la ciudad siria de Alepo, a los duros meses en Turquía, al viaje por mar a Grecia, al camión sin ventilación que les transportó a través de Austria.

Hoy Sara y Mustafá están empezando a sentir que lo han conseguido. No solo ya les han dado los importantísimos documentos que les garantizan el asilo, sino que les han ubicado en un pequeño refugio de un pueblo en las afueras de Munich, llamado Kirchheim, donde unos comprometidos

voluntarios cuidan de ellos. Este es un lugar que suelo visitar cuando voy a Alemania para encontrarme con refugiados.

“La gente aquí es amable, tratan de ayudarnos en todo lo que necesitamos. Tenemos suerte de estar aquí”, dice Sara, dibujando una sonrisa en su cara. “Tenemos un apartamento cálido, mi hijo va a ir a la escuela, y ya podemos empezar a construir nuestro futuro.

Cuando les llegaron noticias de los últimos pasos de la Unión Europea (UE) sobre el cierre de puertas a los refugiados que llegan por la ruta de los Balcanes en busca de protección, como ellos hicieron, Sara y Mustafá, deben sentirse con más suerte que nunca.

Ellos bien saben lo terriblemente difícil que es para los refugiados sobrevivir día a día en Turquía. Y, sin embargo, este es el destino “seguro” al que la UE – según el ambiguo acuerdo al que acaban de llegar el bloque y Turquía – planea enviar de regreso a quienes lleguen irregularmente a las islas griegas, después de que sus solicitudes de asilo hayan sido procesadas mediante un proceso expeditivo.

Mustafá y Sara pasaron cinco meses en



📍 El albergue para refugiados en Kirccheim, cerca de Munich.

“ Mi marido trabajaba más que los turcos... durante más de 12 horas al día, por € 300 al mes. ”

Estambul e insisten en que es prácticamente imposible que las familias refugiadas puedan tener un nivel decente de vida allí; al menos esto es lo que su experiencia les ha enseñado.

“Nos quedamos con mi hermana, que vive allí. Estambul es una ciudad cara, y si solo hay uno que mantenga a la familia, nunca saldrás adelante: alquilar un piso, pagar la electricidad, el gas, el agua, todo”, dice Sara. “Mustafá encontró un trabajo de confección de ropa en una fábrica. Trabajó durante un mes, pero su jefe no le pagó”.

Mustafá lo aclara: “Mi patrón me dijo ‘no tienes nada, no puedes quejarte, no tienes documentos, no puedes hacer nada’”.

Aparte de otros problemas acuciantes, de hecho, es extremadamente difícil para los refugiados trabajar legalmente en Turquía. Sara insiste en hacerme entender lo duro que Mustafá trabajó en Turquía, y lo poco que ganaba.

“Mi marido encontró un empleo haciendo lámparas, trabajaba más que los turcos. Él era perfecto en su trabajo, y lo hacía durante más de 12 horas al día, por 300 euros al mes”.

Gracias a la generosidad de su hermana,

Sara y Mustafá pudieron guardar cada céntimo de sus ingresos ganados con sudor, y pidió prestado un poco más, para que pudieran comprar una plaza en un bote para llegar a Europa. Sabían que no había otra salida.

Volver a casa, sin duda, no era una opción. Sara me muestra una foto en su teléfono inteligente, mostrando un montón de escombros, los restos de un bloque de apartamentos, entre estos el suyo. Un vecino les envió la foto hace unas semanas, con el mensaje: “Miren lo que ocurrió a su casa”.

Sara y Mustafá apuraron hasta el final su salida de Siria, ya que, si bien sentían el impacto de años de guerra civil, su barrio mayoritariamente kurdo, Sheikh Maqsood en Aleppo, se mantenía relativamente seguro.

En su trabajo como taxista, Mustafá esquivó las balas, fue testigo de personas que morían o caían heridas en las calles, y llevó a muchos al hospital. En casa, no había electricidad ni agua, pero siempre se las arreglaban de alguna manera.

Hasta que un día a principios de 2015, la calma de la madrugada se rompió con “un

sonido distante, gritos y explosiones”. Poco después, una bomba alcanzó su edificio. Sara lo recuerda: “Estábamos en el segundo y tercer piso y le dieron al quinto. Las piedras y el polvo llegaban de todas partes. Por la tarde, apareció un helicóptero que comenzó a disparar. Esta era la guerra real, la primera vez que la veía con mis propios ojos”.

Sara y su hijo se apretujaron con otras mujeres y niños en la furgoneta de un vecino que se comprometió a llevarlas a un lugar seguro. “Todo el mundo estaba llorando en el vehículo, mientras nos tapábamos los oídos con las manos”.

Mustafá tenía que ingeniárselas para escapar de aquel campo de batalla en mitad de la noche. Tras muchos puestos de control, “en los que ni siquiera sabes quién es quién”, marido y mujer lograron salir de Alepo.

En la aldea donde encontraron refugio, lo único que podían hacer era “sentarse bajo los árboles”, tal como explica Sara. No había ninguna posibilidad de trabajar, la vida era muy cara, y la casa de los parientes donde buscaron refugio ya estaba llena de otros desplazados por la guerra.

Así que Sara y Mustafá decidieron dirigirse a Turquía. Cruzaron la frontera en una ambulancia, haciéndose pasar por pacientes, y, en efecto, los trasladaron al hospital de la ciudad fronteriza turca de Kilis.

Cruzar esa frontera no fue nada en comparación con su siguiente paso, cuando trataron de llegar a Grecia desde Turquía. Tras dos horas hacinados en un camión, “en el que apenas podíamos respirar”, llegaron a la costa. El contrabandista se rio de sus recelos, ante el fuerte viento y las olas, y zarparon a las 4 de la madrugada.

“ Sin dormir ni comer. Solo fatiga y miedo.





© El campamento de tránsito en Croacia.

“Tuvimos que meternos en el mar, con el agua que nos llegaba al pecho, para llegar al barco. Una hora después de haber salido, alguien dijo que teníamos que volver, porque podía sentir el aire procedente de la lancha. No queríamos creerle, pero poco después, sentimos el aire que salía, el barco se hundía, y había una vía de agua. Echamos por la borda todo lo que teníamos. Oía a mi hijo llorando, íbamos a morir. El piloto, un refugiado que no sabía nada, dijo: ‘No podemos hacer nada excepto rezar a Dios.’ Y rezamos mucho”.

Sobrevivieron nadando de regreso a Turquía; a algunos los rescataron en el mar. Para su sorpresa, los llevaron a prisión. Un día más tarde, fueron puestos en libertad, pero solo después de firmar un documento comprometiéndose a salir de Turquía en una semana. “Nos vimos obligados a volver a hacernos a la mar y volver a pagar a otro traficante”.

El hermano de Mustafá, que se había unido a ellos en el primer intento, no pudo hacer el segundo. Le pusieron una docena de puntos de sutura para cerrar una herida en la pierna, al quedar atrapado por la hélice del motor cuando saltó del bote que se hundía. Tuvo que volver a Siria.

Sara, Mustafá y su hijo lo intentaron por segunda vez. Llegaron a Grecia y cruzaron Macedonia, Serbia y Hungría. Malos recuerdos, pero Sara encontró un rayo de luz. Después de huir de unos traficantes en Serbia, que los encerraron en un vehículo y los obligaron a pagar por nada, llegaron a una gasolinera. “Le pregunté al dueño donde podíamos encontrar un coche para llegar a Belgrado. Él fue muy amable. Dijo, ‘no tengan

miedo, todo va a salir’. Nos llevó por muy poco dinero”.

Pasar de Serbia a Hungría nos tomó ocho horas a pie. “Mi hijo estaba llorando, llevé su mochila todo el camino. No dormimos ni comimos. Todo era fatiga, miedo. Aún me duele aquí - presiona su mano contra su pecho - del miedo que pasé”.

En Hungría subieron a un camión sin ventanas y mal ventilado que los llevó a Alemania en cinco horas. Hicieron este viaje en agosto de 2015, el mismo mes en que 71 refugiados sirios murieron asfixiados en un camión frigorífico en la autopista de Viena-Hungría.

No es de extrañar que Sara se sintiera eufórica al escuchar las palabras del policía alemán cuando salió del camión. A medida que pasan los meses, los horrores del pasado se van desvaneciendo poco a poco, y la familia empieza a vislumbrar un futuro de una paz que ya es posible para ellos.

Sara espera que cuando haya aprendido alemán, Mustafá pueda encontrar un trabajo “con un salario justo”, al contrario de lo que tenía en Turquía. Y ella quiere darle un buen uso a su título universitario en la literatura inglesa. Cuando hablamos de sus clásicos favoritos en inglés, Sara menciona Robinson Crusoe, una novela sobre un hombre atrapado en una isla desierta.

“Cuando leí este libro, siempre me pregunté, ¿cómo podría sobrevivir durante tanto tiempo en esta isla? Me volvería loca. Pero si estás sola en una selva, y no tienes nada, te ves obligada a crear cualquier cosa para sobrevivir. El libro hablaba de esperanza, tal vez ahora podamos tener esperanza”.

ocho. Un juego peligroso

📍 Jugando al voleibol fuera de un centro de asilo en Herzogenburg, Austria.





1. Austria
2. Alemania



ocho.

Un juego peligroso

“En Libia, íbamos de camino hacia Trípoli en tres vehículos, con unas 120 personas en cada uno, la mayoría de nosotros eritreos. Estábamos en el primero cuando militantes del Estado Islámico (EI) detuvieron al segundo o tercero. Dejaron ir a tres personas, porque eran musulmanas, y luego fueron tras nuestro vehículo”.

¿Qué pasó con los demás? Tigiste, de veintiún años, se encoge de hombros. “¡Cómo saberlo!”

Tigiste escapó del reclutamiento obligatorio en Eritrea. Ella conoció a su marido en Sudán, que también huyó de Eritrea tras desertar del ejército. Había sido reclutado a la fuerza siendo adolescente; lo sacaron literalmente de su cama una noche y lo llevaron a los barracones de un cuartel.

La pareja vino a Europa cruzando el Sahara y Libia, y, finalmente, ambos consiguieron llegar a Alemania, donde me los encontré en un acogedor refugio de un pueblo llamado Kirchheim, en las afueras de Munich.

Durante todo su viaje, Tigiste era consciente de los riesgos que este entrañaba y calculaba sus probabilidades – así lo veía – de cada peligroso paso.

“El viaje por mar era malo, pero mejor que el resto de posibilidades, y sin duda mejor que volver a Eritrea. En el mar, si se muere, supongo que se muere en un minuto, y se acabó. Y si llegas a Italia, has llegado”.

Una definición de suerte: éxito o fracaso aparentemente casual más que una consecuencia de las propias acciones. De la suerte depende el viaje de millones de refugiados. La que tuvo Tigiste. Pero no todos los que apuestan por la vida disfrutan de la misma fortuna.

En las últimas semanas, desde Grecia, visité los países de la llamada ruta de los Balcanes que cientos de miles de refugiados cogieron en Europa el año pasado. Y fui a Italia, el punto de llegada de la mayoría de los refugiados que llegan a través del Mediterráneo central. Mis últimos destinos fueron Alemania y Austria.

Muchos me dijeron que abandonaron su país solo después de escapar de milagro a la muerte. Como Omar, que salió de Damasco después de que lanzaran tres bombas contra la escuela de su hija. La niña resultó ilesa, pero Omar ya no quiso tentar más a la suerte de su familia.



📍 Aprendiendo el idioma: una pareja hazara de Afganistán entabla una conversación con una voluntaria en Viena, Austria. [↑](#)

📍 Zainuddin, afgano, elabora pan en el centro de asilo de Herzogenburg, Austria. [➔](#)



Sara, de Alepo, recuerda que huyó tras un ataque repentino contra su barrio: "Si tienes suertes, sales; si no la tienes, mueres".

La ruleta rusa continúa a lo largo de la ruta, especialmente en lugares que son virtuales trampas mortales: la frontera entre Irán y Turquía, el Sahara y Libia, y la franja de mar surcada en embarcaciones atestadas y a menudo frágiles.

Los refugiados no ponen las reglas en este juego para cambiar de vida: son otros, son jugadores más fuertes quienes las ponen, como los traficantes de personas, por ejemplo, o los políticos. Las reglas pueden cambiar de repente y de forma arbitraria. Esto es lo que miles de refugiados descubrieron el mes pasado, cuando finalmente lograron viajar a Grecia y se encontraron con que la ruta de los Balcanes ahora está cerrada.

Una joven afgana, en el refugio Kirchheim, me dijo muy seria: "Hay muchos refugiados en Grecia, quiero que la frontera se abra. Cuando una persona se pone en camino, quiere llegar a alguna parte. Es una situación muy, muy difícil. Yo también sufrí, he vivido estas cosas, por favor, abran la frontera".

En cuanto a los refugiados que lleguen a Grecia a partir de ahora, se enfrentan a la deportación en masa a Turquía, gracias a un controvertido y ambiguo acuerdo alcanzado entre la UE y Turquía.

Cuando visité una clase de inglés para refugiados en Viena, me presentaron a una joven pareja hazara de Afganistán. Me dijeron que vivieron en Turquía durante casi cinco años. ¿Y cómo era la vida allí? Maryam sacude la cabeza. Su marido, Hamid, dice: "Turquía no nos aceptaba como refugiados. Estábamos siempre con el miedo de que nos cogieran y

nos deportaran".

Así que vivieron ocultos. Su hija de cinco años de edad no podía ir a la guardería. Hamid trabajó en una fábrica textil, ganando 450 euros al mes por 11 horas de trabajo al día, seis días a la semana. "El jornal diario apenas daba para un día".

Hamid y Maryam tenían claro que querían tomar un barco a Grecia, incluso después de que la policía los detuviera varias veces, y después de que un contrabandista desapareciera con 4.500 euros de ese dinero que tanto les costó ganar.

Para Hamid, el peor momento llegó cuando su esposa estaba a punto de dar a luz. "Fuimos al hospital, pero no la aceptaron porque no teníamos los papeles. Así que tuvo que dar a luz en casa".

Maryam va a tener pronto su segundo hijo en Viena. Por lo menos, puede estar segura de que esta vez dará a luz en el hospital.

Pero las preocupaciones de la pareja no han terminado. El suyo es ahora un juego de espera porque aún no se les ha concedido el asilo. "Dios sabe lo que la vida nos depara", dice Hamid. "Estamos muy preocupados porque nadie nos da ninguna respuesta. Llevamos esperando siete meses. Cuando pregunté, me dijeron, que 'tendría una entrevista dentro de un año'".

Una madre siria en Austria resume toda su ansiedad en dos sentidas palabras: "Entrevista, ¡Inshallah!"

En un gran refugio que alberga alrededor de 850 personas en Munich, Abdallah, un joven y orgulloso afgano, me contó más cosas. "Llevo aquí nueve meses y no tengo una fecha de entrevista. Al menos escúchenme; tengo pruebas, mi cuerpo en sí es una prueba".

“ He estado aquí durante nueve meses y aún no tengo fecha para la entrevista. Al menos escúchenme: Tengo pruebas, mi cuerpo en sí es una prueba. ”

Allá en Kabul, cinco hombres enmascarados apuñalaron a Abdullah quince veces frente a su casa, acusándolo de no ser musulmán, de trabajar para los estadounidenses y alemanes, y de otros 'crímenes'.

Abdullah no vino a través de Grecia, sino por tierra pasando de Turquía a Bulgaria y así sucesivamente. Al no poder ir más rápido, resultó herido de nuevo en la frontera entre Bulgaria y Serbia, cuando la policía búlgara abrió fuego contra los refugiados que se negaban a detenerse.

Cuando escuché a los demás, me di cuenta de que, al menos en una cosa, Abdullah tuvo suerte: no le pidieron sus huellas dactilares en el camino. Eso significa que no se le puede hacer un seguimiento de acuerdo con el Reglamento de Dublín, que estipula que los refugiados deben presentar su solicitud de asilo en el primer país de la UE por el que entren.

Sherzad, Kovan y Peshtivan, yazidíes de 19, 20 y 21 años, recorrieron el mismo camino por tierra que Abdullah. Los jóvenes pagaron por adelantado entre 9.000 y 11.000 euros a los contrabandistas en Irak que “organizaron” su viaje a Alemania. Viajando por separado, todos fueron atrapados en el camino, y sus huellas dactilares los separaron.

Kovan dice: “La policía búlgara me detuvo en la frontera con Serbia. Durante dos días estuve en un campamento, donde me golpeaban y no me daban de comer. Luego me llevaron a la cárcel. Permanecí allí ocho días. Me amenazaron que si no les daba mis huellas dactilares, me quedaría allí mucho tiempo”.

Varios meses después de llegar a Alemania, Kovan recibió el aviso de su expulsión a Bulgaria. Un voluntario en el refugio donde se alojaba Kovan le aconsejó buscar inmediatamente asilo en alguna iglesia. Lo mismo ocurrió con los otros dos.

Fue Dieter Müller SJ, del JRS Alemania, quien derivó a los yazidíes a la parroquia de San José en Tutzing, una próspera ciudad situada en las afueras de Múnich. Ellos podrían permanecer en las instalaciones de la parroquia hasta la expiración de su orden de expulsión, en seis meses. Dieter dice que unos 600 refugiados buscaron protección en iglesias de toda Alemania en 2015, invocando a la antigua tradición cristiana de dar refugio. Él rechaza la afirmación del gobierno de que el asilo en iglesias es ilegal, aunque admite que “estira al máximo la ley” por una buena causa, “garantizar una aplicación razonable del procedimiento de asilo”.

Y aquí la suerte juega sus cartas de nuevo. Un apoyo práctico a tiempo, como el de Dieter y el P. Peter Brummer, párroco en Tutzing, puede marcar o romper el futuro de los individuos. Afortunadamente, hay muchos europeos que están dispuestos a prestar su apoyo de una manera u otra, la otra cara del tan cacareado rechazo de Europa a acoger a los refugiados.

El P. Peter concedió asilo a diez refugiados pendientes de expulsión en el último año. Su primera experiencia de asilo en las iglesias se remonta a veinte años atrás, cuando acogió a una familia kurda a la que Alemania quería expulsar a Turquía. El P. Peter recuerda que el fiscal lo invitó a una reunión en aquel

entonces. “Me preguntó por qué estaba haciendo esto. Abrí la Biblia y le dije que leyera en el interior mi respuesta. Tuvimos una muy buena conversación”.

Para el P. Peter, y el consejo parroquial, “no hay duda de que tenemos que hacer esto”, acoger y proteger a los refugiados. El encuentro le impresiona profundamente. “Tienes que conocer a cada persona cara a cara, escuchar su historia. Mientras la escuchamos, a medida que vamos conociendo – más de lo que podemos entender – nuestra convicción aumenta”.

Y añade: “Tienes que seguir tu conciencia, hay situaciones en las que debes decir sí o no; no hay otra salida”.

El P. Peter pone en palabras sencillas y convincentes lo que mi corazón siente al final del camino.

Los refugiados lo apuestan literalmente todo en un intento por ganar la vida. Lo hacen sabiendo que la muerte también juega sus cartas. Pero las cosas de la vida y la muerte no deben depender solo de la suerte. La solidaridad puede hacer mucho para equilibrar las probabilidades. Hay muchas razones por las que nosotros – gobiernos, comunidades y personas – tenemos el deber de extender nuestra solidaridad a los refugiados. Tomo prestada una breve frase de Dostoievski: “Somos responsables de todo y de todos”.



📷 Jugando al fútbolín en la sala comunitaria del centro de asilo de Herzogenburg.





📍 Saludando a refugiados que acaban de cumplimentar su registro en un centro de tránsito de Croacia.

“ Cuando alguien está en camino, quiere llegar a alguna parte... por favor, abran la frontera. ”

Una perspectiva Abraham, el migrante

Grandes tradiciones, como las tres religiones monoteístas de los judíos, cristianos y musulmanes, han prestado gran atención a la vida en el exilio, al refugiado, al extranjero, haciendo de la hospitalidad al forastero una práctica fundamental. Esto se debe muy probablemente a la humanidad del exilio y el refugiado manifiesta rasgos específicos de un nuevo y desconocido potencial.

Abraham, antepasado común de judíos, cristianos y musulmanes, es la figura arquetípica del migrante. En primer lugar, Abraham escuchó una voz interior - la voz de Dios - que le dijo que saliera de un lugar de muerte y esterilidad. Abraham partió, y desde ese momento, estará constantemente en un estado de partida, su vida la vivirá bajo el signo de la partida. Partir es un alejamiento de la tierra, de la familia y los parientes, de todo aquello que es bueno y nos hace felices en la vida diaria, de una historia compartida. Pero también es un impulso. El momento de la partida es una prueba de carácter y de fuerza de voluntad; tras cada obstáculo, Abraham tiene que empezar de nuevo, continuar su viaje. El viaje de Abraham es un camino hacia el futuro: "al país que te diré"; Abraham está en movimiento, sin ver ni saber a dónde va. Por otra parte, en su viaje, Abraham encontrará aliados: buenos y no tan buenos compañeros, unos en quienes podía confiar, otros en los que no.

Los refugiados de hoy son fácilmente reconocibles en la figura de Abraham. Son personas de fe y de esperanza. De fe, porque obedecen a una voz interior que les empuja a salir y a buscar la vida sobre la muerte, porque creen en la promesa que escucharon en esa voz. De esperanza, porque aceptaron adentrarse en lo desconocido, más allá de todo lo que podían imaginar, sin dejar de buscar un futuro más esperanzador.

Los rasgos de su humanidad pueden fascinarnos, pero también nos invitan y animan a nuevas potencialidades cada vez que tenemos la oportunidad de encontrarnos con ellos, hablar con ellos, y compartir la hospitalidad con ellos.



📍 Esperando a dar el siguiente paso en el centro de tránsito de Sid, Serbia.

“ Los refugiados de hoy son fácilmente reconocibles en la figura de Abraham. Son personas de fe y de esperanza. ”



📷 Un momento alegre: jugando con burbujas en el centro de tránsito de Presevo, Serbia.

Las Escrituras nos dicen: "Todos ellos murieron en la fe, sin alcanzar el cumplimiento de las promesas: las vieron y las saludaron de lejos, reconociendo que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Los que hablan así demuestran claramente que buscan una patria; y si hubieran pensado en aquella de la que habían salido, habrían tenido oportunidad de regresar. Pero aspiraban a una patria mejor, nada menos que la celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de llamarse su Dios".

“ Dios no se avergüenza de llamarse su Dios. ”



jrseurope.org

Nos gusta mirar el canal de la National Geographic, ¿sabes? Y vemos que las personas de Occidente aman a los animales, entonces ¿por qué no a los seres humanos? Estamos seguros de que a los europeos les preocupan los derechos humanos de cada persona.

Viajes de Esperanza



El Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) es una organización católica internacional que tiene la misión de acompañar, servir y defender los derechos de los refugiados y de otras personas desplazadas por la fuerza.

JRS Europe
Chaussée de Wavre 205
1050 Bruselas
Bélgica

Tel: +32 (0)2 554 02 20

jrseurope.org